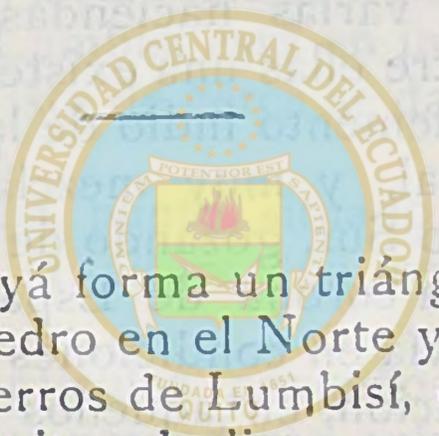


EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LA REGION DE CUMBAYA

POR

MAX UHLE



La región de Cumbayá forma un triángulo limitado por los ríos Machángara y San Pedro en el Norte y Sur. Inclineda con su espalda Oeste en los cerros de Lumbisí, una continuación del Poengasí conocido en Quito, declina suavemente hacia el río Guailabamba en el Este. La región de Quito, 400 a 500 metros más alta que la de Cumbayá, le cubre la espalda como una fortaleza.

El clima es, también, de 4 a 5 grados más suave que el de Quito.

Estrechada dicha región, por el cerro Ilaló en el Sur, y las colinas que se extienden de Guápulo a Nayón en el Norte, domina, desde el Norte al Sureste, la ancha planicie de la hoya del río Guailabamba, abierta por el Noroeste en dirección al mar, y bordada en el horizonte Norte y Este por el macizo volcánico del Mojanda, los cerros de Quinche y la cordillera oriental. Sólo por una faja estrecha está, en el Sur, conexionada con el valle de Chillo, en el lado del río San Pedro.

Por estos caracteres topográficos los pobladores de la comarca tuvieron que vincularse de diferente manera con las poblaciones del Norte y Sur.

El subsuelo está compuesto de cangahua, que en muchas partes es patente. La capa superior es suelta y floja, prestando un suelo excelente para la agricultura en caso de un posible riego

artificial. Este, con grandes costos, se ha podido dar a la comarca sólo en los últimos veinte años, con la construcción de algunas acequias potentes tomadas del río Machángara mucho más arriba del lugar.

Quebradas igualmente profundas surcan del Oeste al Este en varias partes el suelo, pero por lo general son secas. Apenas entran en ellas algunas vertientes del agua del subsuelo, a 20 metros debajo de la superficie.

Los dos ríos, Machángara y San Pedro que limitan la región, corren en lechos 60 y más metros más bajos que la superficie, de manera que los antiguos no podían aprovecharlos para la agricultura.

Dependían, entonces, los pobladores antiguos, para su agricultura, enteramente del riego natural por aguaceros, felizmente abundantes en esta región, que permitían aun el cultivo del maíz y de otros frutos del campo.

La población actual de la región no es muy densa. Repartido el suelo entre varias haciendas de consideración, el pequeño pueblo lleva entre ellas una existencia muy poco ventajosa. Por eso también el elemento indio de la comarca es ahora poco numeroso, poco original, y muy mezclado. Sólo los indios de Lumbisí, en el extremo Sur, gozando de prerrogativas que, como se dice, les concedió la corona de España en tiempos de Carlos V, se encuentran todavía en condiciones muy halagadoras. Pero traídos, según la tradición, en aquellos tiempos de la región de Cuenca, tampoco ofrecen un interés especial para el estudio de las condiciones antiguas.

Antiguamente, o al menos quizá en cierto tiempo de la antigüedad, la región estaba bien poblada, especialmente en sus partes más altas. Son indicio de esto los nombres geográficos antiguos, vestigios de numerosas sepulturas observadas ya en el tiempo de la construcción del ferrocarril al Norte, varias noticias de hallazgos de oro hechos en la comarca, una piedra que parece "inscrita" en la parte baja de la hacienda Rojas al Sur del pueblo, una que otra tradición sobre puntos determinados, y, especialmente, numerosos fragmentos de alfarería antigua que cubren en varias partes el suelo, y en otras se encuentran encima de él, más dispersos. Aun algunos montículos antiguos se dejan observar en la comarca.

El estudioso doctor J. de D. Navas, cura de Guápulo, en su valiosa obra sobre Guápulo y su santuario (Boletín eclesiástico, 1922, N^o 8, pág. 342) ya nos dió interesantes noticias generales sobre la importancia arqueológica de esta planicie. Menciona, un montículo de aparente importancia en la hacienda Rojas al Sur del pueblo, como habla, igualmente, de otros dos, Pucara-

bamba y Huaca rumi, en el pueblecillo de Lumbisí. También existe la tradición de otro, en el rincón Sureste de la hacienda Rojas cerca del río San Pedro. He tratado de investigar y comprobar la verdad respecto de todos los cuatro. Sin embargo, he encontrado poca verdad que corresponda a las noticias.

Visto del pueblo de Cumbayá el llamado montículo de Rojas se presenta como dos grandes tolas encima de un gran plano en la parte alta de la hacienda. Pero visto de cerca, se nota que son dos alturas naturales de cangahua, que no pueden considerarse como obras del hombre.

La supuesta tola cerca del río San Pedro representa igualmente un producto natural. En tres lados está ceñida por una pequeña planicie poco ancha, en el cuarto, por el presente lecho cerca de 30 metros más bajo del río. Representa más bien un interesante fenómeno de actividades geológicas de tiempos pasados, habiendo corrido, en tiempos quizá glaciales, el río en un lecho más alto, al Oeste de la altura, aislándola de tres lados, y, desde tiempos modernos, al Este, aislándola también por el cuarto.

La Huacarumi de Lumbisí está en inmediata vecindad de la línea del ferrocarril. Vista de cerca se da a conocer como una peña grande, pero natural.

Tampoco Pucarabamba, punto situado al Sur de Lumbisí en la planicie, visto de la altura, da señas de ser un resto importante antiguo.

Aunque no faltan montículos pequeños en varios puntos de la planicie de Cumbayá, las verdaderas tolas parecen ausentes.

Un antifaz de oro fue encontrado casualmente en años pasados en la orilla sur de la quebrada al Sur del pueblo de Cumbayá a poca distancia del río San Pedro (1). El hallazgo de una figura de oro grande, hecho también en años pasados, se refiere a un lugar en el pie suroeste del cerro Ilaló. Otro lugar de los cerros de Lumbisí conserva hasta hoy el nombre de la "Polla de oro", por un importante hallazgo de oro igualmente hecho en años anteriores. Si los cuentos no mienten, los indios de Guan-gopolo trabajan clandestinamente, hasta el día, una mina de oro en la falda suroeste del cerro Ilaló, cuyo producto, según se dice, venden a los colombianos en sus frecuentes viajes. (?)

Según la tradición, una india desnuda suele aparecer de noche en la última cima norte de los cerros de Lumbisí (otro nombre en esta región del Poengasí), y retirarse después de algún

(1) El Sr. Jijón y Caamaño describe (Contribución al conocimiento de los aborígenes en la Provincia de Imbabura, pág. 95-96, con lám. 15) dos máscaras antiguas de barro de la región de Urcuquí.

tiempo. De la existencia antigua de un santuario en la cima del cerro Ilaló se oyen también leyendas en la región de Cumbayá.

Sobre el origen de la población se juzga mejor por el estudio de los nombres geográficos antiguos.

Varios de éstos, están todavía en uso, como el de Cumbayá mismo. Pisacullá, caserío un kilómetro al Sur de la hacienda Santa Lucía, Lumbisí, mencionado ya varias veces, Binche o Pinzha, nombre de caserío anexo a Lumbisí. Próximos al Sur, por el otro lado del río, están el pueblecito Guangopolo, el nombre del cerro Ilaló, en el Este, Tumbaco, al Norte del Machángara una hacienda con el conocido nombre Pelileo, etc.

Curiosa es la repetición de la combinación de sonidos: "umb" en los tres nombres: Cumbayá, Lumbisí, y Tumbaco. La de "mb" parece especialmente frecuente en nombres de supuesto origen colorado o cayapá, ambas lenguas de la familia barba-coa del grupo más grande chibcha (1). Así menciona Jacinto Jijón, en su "Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas", 1922, pág. 26, como nombre de origen colorado o cayapá: Matamba, Anaguamba, Isamba, y otros. De la misma categoría son, por ejemplo, nombres, como Cayambe, Sibambe, Quitumbe en el Norte, Ucurumbe en el valle de Loja.

Cumbal es nombre de un volcán en el Norte. Conocido es el pueblo Cumbe al Sur de Cuenca. Indicios de que "cumbe" tiene relación original con nombres de ríos, son los dos nombres de ríos de Esmeraldas, mencionados, l. c., también por Jijón: Muracumbe y Moracumbe.

La terminación "ya" en Cumbayá parece igualmente de origen cayapa o colorado. Así la explica también Jacinto Jijón, l. c., pág. 25, dándole como forma original la de "aya" u "oya", compárense, por ejemplo: Malaya, Chapaya. Saloya y Yamboya son nombres de tres ríos cercanos, uno de éstos al Norte, dos en el Sur del cerro Pichincha, Cocoya, según el mismo autor, nombre de un afluente del Daule. Casi siempre entran las sílabas "aya" u "oya" en nombres de ríos. Las dos partes del nombre de Cumbayá tienen, por eso, relación original, como parece, a nombres geográficos de esta categoría, y sólo puede quedar, después de todo, dudoso, si con "Cumbayá" se significaba originalmente al San Pedro, o al otro que ahora lleva el de Machángara (2), o bien a todo el río Guailabamba.

(1) Vea H. Beuchet et P. Rivet, *Affinités des langues du sud de la Colombie et du nord de l'Equateur*, 1910, pág. 8.

(2) Curiosa es también la repetición del nombre del Machángara en un río al Este de Cuenca. El nombre no está todavía explicado.

No sería extraño, si también el nombre de Pisacullá se hubiese formado originalmente de los dos elementos "pisac" (quechua "pisaca", perdiz) y el otro "aya" u "oya" de arriba.

Significando Cumbayá originalmente un río, el de Lumbisí era originalmente el nombre de un cerro. Más antiguo era, por eso, sin duda, el nombre de "Lumbisí" como nombre de la parte norte del Poengasí (el que lleva también todavía), que el del pequeño pueblo situado ahora en su pie noreste.

"Lumbisí" se descompone en los dos elementos "Lumbe" y "sí". Lumbe es también nombre de un cerro cerca de Santiago en la provincia de Loja (1), "sí", frecuente en nombres geográficos de una gran parte de la sierra del Ecuador, significaba originalmente "cerro".

Un cerro cerca de Oña lleva el nombre sencillo de "Shiu", otro en frente, fortificado por los antiguos Cañares (2), el de "Potoshiu". Un cerro Udushi se ve del valle del río Jubones muy cerca en el Sur (3). Borma es nombre de varios cerros, uno al Noroeste de Jadán, uno, mencionado por el Sr. Octavio Cordero Palacios (4), cerca de Deleg, ambos en la provincia del Azuay. Un tercero de este nombre se encuentra cerca de Santiago en la provincia de Loja. Y Bormazhí es nombre de un cuarto cerro al lado del río Uchucay, afluente del Jubones.

Compárese cerca de Quito el nombre del Poengasí. Numerosos nombres que no significan hoy directamente cerros, como Alausí, Joyaczhí, antigua y originalmente habrán tenido este significado (5).

La palabra "chí" del Colorado y Cayapá significa árbol (6). Al compararla con el "shí" que significa cerro, pienso en una relación parecida entre los significados "árbol" y "cerro", como existe, por ejemplo, entre la de la palabra latina "mons" y la castellana "monte" (en alemán: "Bergwald"). De todas mane-

(1) Parecido es también el nombre "Numbe" de un cerro cerca de Vilcambamba en la misma Provincia.

(2) El nombre cañar para cerro es "zhuma", compárense Huahualzhuma, Zhimazhuma, Zhuma, etc., Xamenxuma, un ojo de agua que sale de una sierra, (Relaciones geográficas de Indias, Perú, vol. 3, pág. 180). La sílaba "zhún" en nombres de cerros de la región cañar, como Pilzhún, Ganzhún, Gualzhún, etc., es, evidentemente lo mismo.

(3) Uduzhapa es nombre de una hacienda entre Oña y Cochapata.

(4) El Quechua y el Cañari, Cuenca, 1924, pág. 194.

(5) Varios nombres terminan en gasí en lugar de sí, compare fuera de Poengasí: Alangasí, Tolagasí (hacienda cerca de Tumbaco). La sílaba ga puede ser de carácter conjuntivo.

(6) Vea Bouchet et Rivet, l. c., pág. 10.

ras, parece seguro un origen barbacoa de la palabra "shí", que significa "cerro".

El nombre de Pinche o Pinzha cerca de Lumbisí suena como el de Quinche más al Norte. Además, se repite el nombre en la forma "Binche" en la costa, como el de un afluente del río Esmeraldas (Jacinto Jijón, l. c., pág. 20).

Con todo se puede suponer que la población original en la región se componía de grupos cayapás o colorados que habían entrado del Oeste por la hoya del río Guallabamba, alcanzados después en sus sedes por las primeras civilizaciones.

Influencias de otro carácter étnico se dan a conocer en nombres, como el del cerro Ilaló, pudiéndose, a este respecto, comparar el de hacienda Pelileo por el lado izquierdo del Machángara, y posiblemente también los de los pueblos Guangapolo y Guápulo al Sur y al Oeste. Pero es digno de notarse que ninguno de estos nombres de otro tipo se halla entre los ríos Machángara y San Pedro en el distrito estudiado.

Nombres en "ló", como Ilaló, pertenecen, como muy bien expuso Jacinto Jijón, l. c., pág. 31, al idioma perdido de Pansaleo, del grupo Paniquita de las lenguas colombianas chibchas (compárese, Mulaló, Pilaló, Poaló, etc.). En este mismo grupo cuenta, el autor mencionado, nombres, como Guangopolo y Tili-pulo, sorprendiendo solamente que no se contó en él también el de Guápulo, diferente de los otros sólo por el acento presente.

Nombres en "eo", como Pelileo, por Jijón son contados entre los de descendencia puruhá (pág. 36), aunque aparentemente ninguno de estos se encuentra en el propio territorio puruhá, la provincia del Chimborazo, algunos parecidos sólo (como Gualaceo) en la provincia del Azuay, y el resto (como Pelileo, Pansaleo, Tisaleo) en la provincia del Tungurahua, intermedia entre la del Chimborazo y la de León.

De la influencia incaica, que también en esta región debe haber existido, como en otras—conocidos son, por ejemplo, los restos de la fortaleza incaica de Guápulo,—hasta ahora no se conocen otros vestigios que los nombres de dos haciendas: Auqui Chico y Auqui Grande. Enfrente de Rojas, por el otro lado del río San Pedro, existe la Hacienda Cunuyaco que, con varios potreros, con seguridad (compare Callanabamba, Capillabamba), puede haber recibido su nombre más tarde (1).

(1) Restos de alfarería incaica se han encontrado cerca de Guangopolo y cerca de los baños de la hacienda Cunuyaco. El nombre de Cunuyaco refleja en su primera parte la forma norte cununi, calentarse, (Holguín, Arte y Diccionario Quechua-Español, pág. 59) de la raíz quechua: coñi, caliente (J. J. Tschudi, Die Kechua Sprache, vol. 3, pág. 167).

EXCAVACIONES EN CALLANABAMBA, HACIENDA SANTA LUCIA

El permiso de hacer excavaciones en la hacienda fue finalmente otorgado por su dueño, el Sr. Ricardo Salvador de Quito. Pudiendo efectuar excavaciones, donde quería, escogí para este fin el potrero Callanabamba, a 5 minutos de la casa de la hacienda, al Oeste, de unos 120 metros de extensión del Este al Oeste, y de unos 60 del Norte al Sur.

Paulatinamente, como en toda la región, su superficie con unos cinco grados se inclina al Este. El subsuelo consiste, más cerca de la superficie, que en los potreros vecinos, de cangahua. Presentaba al estudio un interés especial, por el número ingente de fragmentos de vasos antiguos que casi literalmente cubrían su superficie, y, como pudo verse más tarde, estaban mezclados también a todo el suelo hasta la cangahua en proporciones muy parecidas. Por esta circunstancia también raras veces se lo ha arado, lo que a su vez aun más favorecía las excavaciones.

En la superficie se notaron también restos de vasos grandes, como raras veces suelen encontrarse en las sepulturas, fragmentos de metates, y de morteros de proporciones más pequeñas; además, innumerables fragmentos tallados de obsidiana y sílice de color oscuro, residuos de talleres, todos los cuales probaron que en el lugar el hombre había formado hogares.

Potreros vecinos, generalmente de tierra más profunda, no presentaron las mismas condiciones. Probablemente había escogido el hombre este terreno, como de calidad más seca, para establecer sus viviendas.

Algunos vestigios de excavaciones anteriores daban a entender al mismo tiempo, que el suelo había servido también para sepulturas. Ahora necesario era saber, si la civilización que acompañaba en restos a las sepulturas era diferente de la manifestada por los restos desparramados en la superficie, o si el hombre había instalado sus sepulturas en el mismo suelo que habitaba. La determinación más definida de la civilización representada por las sepulturas, formaba el segundo objeto que tenía que dirigir las excavaciones.

Las excavaciones ejecutadas han decidido el primer problema en el segundo sentido. En cuanto al carácter de la civilización de las sepulturas y de los restos de encima, la descripción de las excavaciones y del tipo de la civilización explicará lo deseado.

Virtualmente,—las excavaciones lo han mostrado,—toda la extensión del terreno había servido tanto a habitaciones, como había sido llenada de sepulturas. El hombre enterraba entonces

en el mismo lugar que habitaba. El número de sepulturas se extendía también a los potreros de suelo más hondo. Pero el terreno principal dedicado a habitaciones era, evidentemente, el antes mencionado.

Las sepulturas estaban en algunas partes de Callanabamba más distantes, formando sólo pequeños grupos de dos a tres, uno de otro; en otras representaban aglomeraciones más grandes, pero su arreglo era siempre irregular, como también era necesario en un suelo que, además, servía para habitaciones. Sepulturas cortadas en la cangahua alternaban con otras más escasas instaladas solamente en la tierra de encima, cuya profundidad variaba en lo general de 25 a 55 cm. También dejaba el arreglo de las sepulturas intersticios completamente libres (vea lám. 1), indicativas, posiblemente, de los lugares ocupados originalmente por chozas.

Predominaba en las sepulturas la forma redonda, a manera de tonel, o también ovalada. Otras formas eran muy excepcionales. Por lo demás, la forma individual, el tamaño y proporciones de las sepulturas, la posición y colocación de los restos mortales, la clase y manera de la colocación del ajuar que eventualmente acompañaba al muerto, variaban infinitamente, casi sin regla. Quizá había también diferencias de riqueza entre ciertos grupos. El lugar en la parte más alta del terreno, donde hice la mayor parte de las excavaciones, parecía distinguirse de otros por proporciones más grandes y también una clase mejor del ajuar de las sepulturas.

La hondura de los pozos excavados en la cangahua variaba entre 60 y 230 cm. Estoy seguro de que en toda la región no había más profundos, que de tres metros más o menos (1). El diámetro de los redondos era entre 70 y 180 cm. En los ovalados se notaron proporciones como de 80 por 55, 90 por 60, etc.

Frecuente era la combinación de los pozos, redondos u ovalados, con gradas que tomaban la forma semilunar, si el descenso al pozo seguía en forma redonda. Nichos destinados al depósito de los restos humanos, eran bastante comunes. Se habían combinado también varios agujeros redondos, abiertos como pozos arriba, sólo uno de los cuales contenía los restos del muerto, o ambos en forma igual, en forma tal, que el uno parecía servir de grada al otro.

La presencia de una sola sepultura en un pozo formaba la regla. Sin embargo, en numerosos pozos se habían depositado más

(1) No había pozos de 7 m de hondura según la tradición indicada.

de un muerto, en nichos o gradas expresamente previstos para este destino. De esta manera se podían contar cuatro sepulturas en un solo pozo. Estas pertenecían generalmente a adultos. De todos modos, la causa de las diferentes formas de aglomeración de muertos en una sola tumba no podía reconocerse, tampoco si todas las sepulturas habían sido simultáneas o de diferente tiempo.

La dirección de las sepulturas en las tumbas variaba.

Los dibujos de las láminas 2 y 3 reproducen la forma y cortes transversales de los principales pozos encontrados. En el dibujo de estos últimos se han observado, también, las direcciones según la brújula de sus partes. De esta manera se reconocerá también gráficamente, con mayor facilidad la irregularidad general de las direcciones.

Los restos humanos se habían transformado en muchos casos en polvo, dejando a veces reconocer sólo la dimensión total y la dirección de la sepultura. Sin embargo en la mayor parte de los pozos se dejaban todavía observar casi todos los detalles. Y eso no obstante que ninguna clase de huesos se mostraban protegidos contra la tierra. Probablemente se había enterrado a los restos envueltos sólo en trapos.

Sólo en dos o tres casos fue posible establecer el hecho de la sepultura de un individuo en su forma entera. En el sepulcro IX se encontraron restos visibles de un individuo inhumado en posición tendida, y en el N^o XXXIV una anciana yacía con las piernas dobladas, como al sentarse, sobre el lado derecho del cuerpo.

Por lo demás, todas las inhumaciones habían seguido el tipo de las sepulturas secundarias. Bajo este término entendemos el depósito de los restos de los muertos en un lugar definitivo, después de haberles dado primero sólo una sepultura preliminar, o haberlos guardado de otra manera, sobre el suelo, a veces entre las ramas de los árboles, etc. Este modo era uno de los más primitivos en una gran parte de la región sudamericana. Todavía es común entre los indios del Oriente. Era común entre los primeros pobladores de la costa peruana del Norte (como de Ancón, Chancay, Supe). Era sin duda también el modo original en todo el Ecuador antiguo. Jacinto Jijón ya lo describió en los sepulcros en tolas y pozos abiertos en la provincia de Imbabura (Aborígenes de Imbabura, pág. 27 y sig.), de su período Protopansaleo 2, y del otro de Tuncahuán más al Sur (Boletín de la Academia de Historia, 1922, N^o 6, fig. 11, 14-16), etc. El mismo era el típico también en todo este cementerio de Santa Lucía.

Se conoce el tipo de la segunda sepultura por lo incompleto de las partes del esqueleto y el arreglo siempre no natural de las partes que quedaron. Jacinto Jijón dió (Aborígenes, pág. 27) un buen ejemplo en la descripción del sepulcro 11 de una tola del Baratillo. Para las sepulturas de Callanabamba era característico el esfuerzo hecho casi sin excepción de dar en lo posible a los huesos conservados la posición relativa que habían tenido en el esqueleto intacto, sea en forma de posición vertical de la persona, sea en posición echada de espalda con las piernas dobladas. Esto no impide que la posición de la cabeza en muchos casos parecía sumamente forzada, con la cara vuelta para atrás, etc. Sepulturas de esta clase casi nunca excedían la extensión de 50 cm en el largo. Pero arreglos de los huesos en la forma de un "Inri", como parece según las figuras presentadas por Jijón de las sepulturas de Imbabura, Tuncahuan y Ambato, nunca se han dado a conocer en los sepulcros de Callanabamba. Encontramos entonces generalmente las piernas plantadas delante de la cabeza, o echadas en frente de ella en la dirección del cuerpo. Faltaban generalmente en el esqueleto las vértebras con el sacro, y las clavículas, frecuentemente las manos y los pies, a veces también uno o ambos brazos, mientras las piernas y el pelvis generalmente casi siempre se habían conservado bien. En ciertos casos faltaba también la cabeza, o en su lugar sólo el occipucio se había conservado.

El ajuar con que se había acompañado al muerto consistía principalmente en vasos de barro, a veces en algunas leznas de hueso. Raras veces se encontraron objetos de adorno de metal, como semilunares, o planchitas más o menos pequeñas.

Tanto el número de los vasos, como su posición en la sepultura, variaban sin regla, a veces faltaban todos, aun en sepulturas que parecían de buena clase. En otras, se encontraron sólo una o dos ollitas. Se combinaban vasos de diferente clase para formar el ajuar. Raras veces el número de vasos en un sólo sepulcro ascendía a cinco o siete.

Una ollita se encontró apoyada con su boca abierta en el lado de la cabeza, varias veces enfrente una tacita redonda, para beber, una o dos ollitas, compoteras, a veces con platos de cuy, o un jarro de forma ovalada vertical, conocido en la región con el nombre de "puna", una o dos tazas de diferente forma, etc. A veces, también, estos vasos estaban puestos cerca de los pies.

En otros casos el ajuar se encontró colocado más arriba en la grada del pozo, o a media altura del pozo cerca de la pared; frecuentemente también en el borde del pozo sobre la cangahua. La variabilidad de la posición en que se había de encontrar el

ajuar del sepulcro, aumentaba al principio las dificultades de la excavación, hasta que se hallaron los caminos para encontrarlas.

El pozo fue relleno con tierra, en muchos casos, de color amarillo como la cangahua. Raras veces piedras grandes, como fragmentos de morteros y otras, cubrían, descuidadamente echadas, a media altura el pozo.

Cerca del muerto, o más arriba, en parte también cerca de la superficie, se encontraron, casi regularmente, además, huesos de venados, de la cabeza, piernas, etc., los últimos generalmente quebrados, para alcanzar la médula. En algunos casos estos huesos eran tan numerosos que parecían de venados enteros. Estos representaban los restos de una parte de víveres con que para su viaje los vivos habían proveído a los muertos. Al mismo tiempo dan a conocer la riqueza en animales de caza que aun se ha encontrado por aquel tiempo en la comarca. Recuerdan los numerosos restos de venados observados también en las excavaciones de la primera civilización de Cuenca.

Para el mejor entendimiento de las formas de sepultura se describirán en seguida algunas de las más características detalladamente.

Sepulcro I (lám. 2). La cabeza del muerto con la cara mirando al Sur apoyada en la pared del pozo. Detrás de ella las piernas en posición horizontal, dirigidas al Norte. Faltan las vértebras. Dos ollitas finas colocadas sobre la cangahua en el borde del pozo.

Sepulcro II (lám. 2). De forma ovalada, con restos de segunda sepultura. El cráneo en dirección al Sureste. El ajuar consiste en un cántaro decorado con pintura negativa y una olla de color negro.

Sepulcro III (lám. 2). Sepultura parecida. El ajuar, una ollita fina.

Las tres sepulturas se abrieron en la parte baja Este del campamento antiguo.

Tipo de sepultura encontrado en el potrero vecino al Norte (lám. 2, figura sin número). Cilíndrico con 2.05 m de hondo. Un nicho cerca de la base dirigido al Norte. Vacío.

Sepultura secundaria, sólo 50 cm debajo de la superficie. La cabeza descansa en su base en el fin este. Al Oeste siguen los otros huesos en posición como de sentado, faltando las vértebras, quizá también los brazos. Ollita apoyada con la boca en el lado izquierdo del cráneo. Muchos huesos de venado al lado.

Sepulcro IV (lám. 2). Pozo ovalado, con nicho grande dirigido al Este. La sepultura secundaria sigue de la pared Sureste del nicho en dirección al Noroeste, en esta forma: las piernas y

un brazo en posición vertical, como también el pelvis delante de la cabeza. Los otros huesos, si no disueltos, faltaban. En la pared Este una tacita redonda puesto en su lado. A los pies de la sepultura dos compoteras coloradas y una olla.

Sepulcro V (lám. 2). Pozo en forma de un tonel ancho cilíndrico sin nicho. De la sepultura en el centro de la base habían quedado sólo algunas muelas y dos adornos semilunares de metal, incompletas. Restos de una olla finita en la pared Sureste. Más arriba varias piedras.

Sepulcro VI (lám. 2). Pozo cilíndrico con pequeña grada ensanchada algo hacia el Este en forma de nicho. En la parte más baja sepultura secundaria, como en la IV, dirigida del Sureste al Noroeste. A sus pies una compotera roja tapada por una pequeña olla. A media altura del pozo, cerca de su pared Sureste, un número de vasos finos, entre éstos una compotera, todos quebrados. Además una botella de cuello angosto, y un cantarito de forma ovalada vertical, ambos de un tipo algo diferente.

Sepulcro IX (lám. 3). De forma extraña. A lo largo de la pared Oeste de un cuadrilátero grande se notan los restos de un individuo tendido del Norte al Sur. Una compotera roja acomodada en un agujero algo más alto de la pared norte acompañando al muerto. En posición cruzada, debajo de la sepultura superior y casi en contacto con ella, otra secundaria (sin vértebras), dirigida del Noroeste al Sureste. La acompañan dos ollitas y uno de los grandes discos de barro cocido.

Sepulcro redondo de 1,20 m en el diámetro, y 0,72 de hondo con sepultura secundaria, en este caso 80 cm de largo, en el lado sureste. Del esqueleto faltan la mayor parte del cráneo, los brazos, todas las vértebras fuera de las últimas más grandes y la mayor parte del pelvis. El resto arreglado del Norte al Sur, con el resto de la cabeza descansando sobre la base, la cara dirigida al Este. Arreglo de los huesos como de un hombre echado de espaldas con piernas dobladas para arriba.

Dispuestas en el lado Este, Oeste, y en el centro del pozo, en todo cuatro tazas.

Sepulcro XVI (lám. 3). Pozo en la forma aparente de dos circulares entremetidos uno a otro. Contenía en su grada inferior la sepultura secundaria, plantadas las piernas, como en la posición sentada, verticalmente delante de la cabeza apoyada en la pared sur.

Dos ollas ordinarias, una más fina y un vaso en tres pies cortos acompañaban al muerto.

Sepulcro XVIII (lám. 3). Forma del pozo como en el XVI. En ambas gradas una sepultura de carácter secundaria, la de la

grada más alta dispuesta en dirección del Norte al Sur, la otra dirigida del Sureste al Noroeste. Una olla de cocina, una ollita cilíndrica y tres leznas de hueso, además, en el pozo.

Sepulcro XXI (lám. 3). Pozo grande de forma ovalada con dos gradas separadas en el Sureste y Suroeste que hasta cierto punto parecen pozos independientes. La cabeza de la sepultura secundaria del pozo principal había estado en la pared Norte. Cerca de ocho vasos, ollas, compotera, una taza, y varios vasos finos gruesos arreglados en semicírculo a lo largo de las paredes Este, Sur y Oeste del pozo. La sepultura del pozo anexo Suroeste se extendía del ENE al OSO, sólo por 50 cm en el largo, las piernas por una posición forzada en tal contacto con el lado inferior de los huesos maxilares, como en el estado natural no habría sido posible. Con la cara, el cráneo miraba al Noroeste.

Sepultura XXII, 90 cm de largo, 45 en el ancho, 65 de hondo, con la sepultura, sin ajuar, de un cojo (con una tibia quebrada y absolutamente mal sanada). Acostado en la dirección del Noreste al Suroeste yacía de tal manera, que, como en la posición de un arrodillado, las piernas formaban un ángulo recto con el tronco.

Sepultura de un niño de cerca de diez años, que estaba tendido del Oeste al Este, la parte inferior del muslo izquierdo cruzado debajo del derecho doblado. Extensión de la sepultura en el largo 75 cm. Del esqueleto faltaban la cabeza, con excepción del occipucio, las vértebras, brazos y una parte del pelvis.

Sepultura tan sólo 55 cm de hondura. El cráneo, con la quijada inferior, invertidos hacia arriba. Algunas vértebras, costillas (que las más de las veces faltan), y las piernas dobladas en contacto no natural con la cabeza.

Sepulcro XXIV (lám. 2). El pozo distribuido en tres gradas contiene en su ínfima parte una sepultura secundaria, de la forma como en el N° VI, y dirigida al Oeste. Una compotera y una taza colocadas como ajuar cerca de la pared en las primeras dos gradas,

Sepulcros XXXI-XXXII (lám. 3). Este curioso y complicado pozo se compone:

de un pozo principal a modo de tonel,
de un nicho grande en el Sur, al que se descende del pozo principal,

de otro nicho grande, a media altura del pozo principal, en su lado Noreste, y

de otro pozo aparentemente anexo por el lado Oeste que al mismo tiempo forma la entrada al pozo principal.

Como entrada se reconoce el último por las tres gradas en que descende al otro.

Cada una de las cuatro partes tenía su propia sepultura, todas de carácter secundario, pero solamente la del nicho Nor-este relativamente bien conservada: en su rincón Sureste el cráneo colocado en su lado derecho, mirando al Norte, las piernas en posición horizontal transversal delante de él por el lado nor-oeste.

Sin duda había sido la sepultura principal la del último nicho grande bajo en el Sur, acompañada, también, por una puna grande, parada todavía en la pared, y evidentemente al principio llena. Pero todas las sepulturas también tenían además su ajuar propio, la del pozo anexo al Oeste: dos vasitos colocados con la boca para abajo en la grada más baja, la del pozo central, en altura media: dos ollitas, una taza con pie, y una puna de tamaño medio, en la base: dos vasos finitos, una taza redonda y una ollita, la del nicho noreste: una olla y una taza fina con pie.

Sepulcro XXXIII (lám. 3). Encontrado evidentemente en estado intacto, aunque ya carecía de restos humanos. Veintiún agujeros cónicos, de 11 a 16 cm de profundidad, y de 8 a 10 cm de diámetro en la superficie, estaban arreglados en círculo cerca de la pared al pie del pozo por el resto sencillamente toneliforme.

A media altura se encontraron en la tierra del pozo los siguientes objetos, fuera de dos tazas redondas quebradas:

un metate grande casi llano, quebrado, pero completo,
cinco conos de barro cocido, uno de ellos quebrado, de las siguientes proporciones: en altura $7 \frac{3}{4}$ a 18 cm, base de $4 \frac{1}{4}$ a $16 \frac{1}{2}$ en diámetro.

La base era en dos casos ovalada, circunstancia que parece excluir el uso como moldes para la alfarería,

un disco de barro cocido, 47 mm de alto, y 20 cm en el diámetro,

como también tres fragmentarios iguales, 5-7 cm en la altura, y 14 y 17 cm en el diámetro, uno de sus lados era siempre más llano que el otro,

tres rollos de piedra para moler, incompletos, uno de los lados siempre más chato que los otros,

tres manos de piedra para moler, para el uso con morteros, una pequeña porción de tierra blanca.

En la profundidad de 55 cm una infinidad de huesos de venado que parecían los restos de un animal entero, además un número de huesos iguales abiertos.

Sepultura a 50 cm de hondura sobre la cangahua. Faltando la cabeza y otras partes del esqueleto, las piernas y pies, el pelvis, y una costilla, todos con señas patológicas, arregladas en

dirección del Noreste al Suroeste. Ningún ajuar acompañaba a los restos.

Sepulcro XXXIV (lám. 3). Pozo redondo, de 1.35 m en el diámetro y 1.25 m de hondo, de que 0.65 estaba cortado en la cangahua. Quince agujeros cónicos, parecidos a los del N° XXXIII, excavados en círculo al rededor de la base. El pozo contenía el esqueleto completo de una anciana, echada con piernas dobladas en la espalda, una mano apoyada en la barba, la otra en el lado derecho de la cabeza. Entre los huesos de venado que en la profundidad de 60 cm acompañaron la sepultura, también un femur y una tibia humanos, ambos patológicos (1).

Descripción de los objetos encontrados

Consistían en objetos de barro, piedra, hueso y algunos de metal. Los vasos de barro eran los más importantes.

Objetos de barro

Fuera de vasos se encontraron sólo, dos husos confeccionados de fragmentos de ollas, en la superficie de la tierra, no en una sepultura; el tronco de una pequeña figura de animal y un fragmento de vaso con la figura cruda de un animal en relieve (2), además en sepulturas varios conos macizos y discos grandes, de barro cocido, tratados ya en la descripción del sepulcro XXXIII.

El tronco de una pequeña figura, por ejemplo, enseña, que la falta de ciertos tipos en sepulturas no prueba su falta al tipo de toda una civilización. Lo mismo puede valer para los vasos. Trípodes de cocina no tenían ninguna representación clara entre el ajuar de las sepulturas. Sin embargo, pies quebrados de los mismos estaban diseminados en cierto número en la superficie del campamento antiguo.

Tipos principales entre los vasos eran los siguientes:

(1) A 25 metros de distancia al Sureste del último campo de excavaciones se halló un montículo de 8 metros de diámetro y 0.60 de alto. Debajo de él se hallaron dos pozos de 1.25 y 0.95 m de diámetro, uno con nicho, que se encontraron vacíos.

(2) Figura de lagartija, compare un vaso con la figura de un zapo reproducido por González Suárez, Los aborígenes de Imbabura y del Carchi, lám. 13, fig. 4.

1. Cántaros esbeltos sin asa, con o sin anillo como pie en la base, frecuentemente muy estrecha, llamados en la región "punas" (lám. 7, fig. 1-2).

2. Cántaros de tipo más común, pero también sin asa. Los representó en el cementerio sólo un ejemplar, lám. 7, fig. 5 (sepulcro II).

3. Jarrones convexos, pero también sin asa (lám. 4, fig. 1-2).

4. Compoteras de pie alto (1) (lám. 4, fig. 3, y lám. 5-6).

5. Tazas de forma variada, con base llana o pie en forma de anillo (lám. 4, fig. 4, y lám. 8 figs. 4-5, y 7).

6. Tazas medio redondas, algunas en forma de calabazas (lám. 4, fig. 6-7).

7. Ollas de cocina, de tipo común, o más o menos periforme.

8. Ollitas con cuello pequeño, y comúnmente indicaciones diminutas de asas (lám. 4, fig. 5).

Otros tipos de representación aislada eran:

9. Un vaso sobre tres pies muy cortos (lám. 8, fig. 2),

10. Una botella fina de cuello angosto (lám. 7, fig. 4),

11. Algunos cántaros ovalados (lám. 7, fig. 3).

Todos los vasos, con excepción de unos pocos, como quizá la botella de cuello angosto, lám. 7, fig. 4, amarilla y de barro fino, importada eventualmente de otra tercera parte, pertenecen a dos diferentes tipos de civilizaciones. de las cuales una se puede designar como la originalmente indígena, la otra de procedencia diferente, habiéndose importado los ejemplares de ella posiblemente sólo por el comercio. Pero los objetos pertenecientes a ella son numerosos. En una gran parte de sepulcros los representantes de las dos clases de alfarería y de civilizaciones se encuentran mezclados. Raros son los sepulcros que contienen sólo ejemplares del segundo tipo importado. Una contaminación de una u otra civilización por la correspondiente, sin embargo, ha sucedido en ningún caso. Pudiéndose la una de las civilizaciones, la segunda, considerar como de tipo algo privilegiado, no parecería imposible, que también individuos de esta segunda civilización se han mezclado con los de la indígena, tomando entre ellos al mismo tiempo una posición igualmente privilegiada.

Representan al tipo de la primera civilización, la indígena, exclusivamente los vasos de las clases 1, de manera parecida 2,

(1) En la superficie del campamento antiguo se encontró también el pie, en su parte inferior, tripartito de una compotera. Este tipo raro se repitió en Esmeraldas.

además 6 y 7, en las clases 4 y 5 representantes de las dos clases están mezclados. Las clases 3 y 8 pertenecen exclusivamente al tipo de la segunda civilización.

Características para la primera civilización son las formas más toscas, una clase de barro grueso y mal cocido, en vasos de mejor clase, un tegumento pulido de barro más fino generalmente, de color rojo, raras veces anaranjado, o, en aislados casos, también negro. El uso de la pintura negativa para la decoración no distingue las dos clases de alfarería, porque se halla en ambas. Pero en la primera clase ya es siempre diferente. por la circunstancia, que se encuentra el color negro sobre un fondo rojo. Además el tipo de los dibujos ejecutado en pintura negativa es muy diferente, dándole líneas sencillas, puntos rojos grandes en medio de un fondo negro, o figuras relativamente sencillas formados de líneas (compare lám. 4, fig. 6; 5, 6, 7 fig. 5 y 6). El interior de una taza muestra, ejecutada en líneas, una estrella de tres puntas, el jarro, lám. 7, fig. 5, entre otros dibujos formados por líneas, el de una línea indentada, como principio de una línea meándrica triangular con ella combinada.

Muy diferente es el tipo de la alfarería de la segunda civilización, evidentemente importada. El barro es finísimo, muy delgado, y sumamente bien cocido. Por su delgadez y fineza vasos de esta clase eran más expuestos que los de la otra a encontrarse quebrados en las sepulturas.

La superficie es amarillenta, rojiza, o rosada, pero siempre de color claro, también el tegumento siempre de tipo más fino. La decoración representa dos clases, pintura negativa y el grabado. La pintura negativa sobre este fondo claro da combinaciones de líneas largas, horizontales y otras transversales, descendiendo en las últimas triángulos grandes en forma de una escalera (lám. 4, fig. 1 y 2). El grabado de líneas se ha observado sólo en algunos fragmentos del cuello de vasos, en forma de líneas paralelas horizontales. Además, era muy común la decoración del borde de compoteras con series de puntos picados (lám. 4, fig. 3).

Objetos de piedra

Objetos de esta clase son raros. Consisten, en lo principal, de morteros y metates de diferentes formas y tamaños, diferentes formas de manos de moler, vestigios de la industria de piedra tallada, y muy raros objetos pequeños de otra forma.

Sólo un metate, de una sepultura, se ha encontrado completo, aunque quebrado, había, además, varias piedras chatas, redon-

das, igualmente usadas para este objeto. Numerosos eran los fragmentos de otros metates y morteros de piedra. Característica era la enorme variación de los tamaños y formas, aunque siempre sencillas, al lado de piedras redondas chatas había largas y ovaladas, piedras con superficie cóncava en una dirección, largas piedras ovaladas holladas como los morteros; otros metates con la parte central en forma rectangular cortada.

De manera igual variaban las formas de las manos de moler, en parte cilíndricas para el uso con morteros, en parte chatas con uno de sus lados curva o fragmentos de piedras cilíndricas para moler, como las imbabureñas bosquejadas por Jacinto Jijón en el Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos, N° 10, pág. 64, fig. 35. Parece indicar esta gran variedad de formas, y por eso, también de usos, la mezcla de diferentes civilizaciones, quizá desde mucho tiempo.

Metates con pies faltaban enteramente; de igual modo, otros detalles especiales en las formas.

Los dos materiales principales para la confección de instrumentos tallados han sido la obsidiana y un sílice opaco. Entre los fragmentos de estos materiales, diseminados en la superficie del campamento, prevalecían por mucho los de obsidiana, un material, que, evidentemente, en muchas partes fue encontrado muy cerca.

La gente antigua poseía también cuentas para collares hechas de piedra, y uno que otro objeto más de variadas formas.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
Objetos de hueso

Principalmente lesnas fabricadas de huesos grandes de venados (lám. 8, fig. 6). Se encontraron también trabajos de esta clase principitados; igualmente restos de huesos de que se habían sacado los instrumentos. El hueso se usó también para planchitas pequeñas que servían de adorno (1).

(1) Instrumentos de hueso y restos de metates encontrados en tolas de la región de Urequí corresponden formalmente muy cerca con los descubiertos en el cementerio antiguo de Santa Lucía [Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos, N° 10, lám. 11 y 13]. Pero estas semejanzas no son decisivas para la edad de unos u otros. Más bien parecen haber sido características para artefactos de estas clases en la región en diferentes épocas.

Los diferentes tipos de metates y morteros, enumerados por el señor Jijón, l. c., pág. 58, y atribuidos a diferentes edades, se repiten igualmente ya jun-

Objetos de metal

Sólo cinco fueron encontrados, y también éstos representaban sólo pequeños objetos de adorno: tres semilunares, y dos planchitas redondas de diferente tamaño. Dos de los semilunares se encontraron juntos como resto de una sola sepultura, despertando ya en esta ocasión la sospecha, que no fueron usados como narigueras, según la designación común que para ellos está en uso.

Uno de los semilunares era de cobre. El material de los otros, en parte resplandeciente, aunque cubierto de una capa gruesa de óxido verde, no merece necesariamente considerarse como cobre puro.

Restos corporales

Por la humedad del suelo los restos de los esqueletos estaban generalmente en mal estado, en algunos casos completamente pulverizados. No obstante eso, se podían salvar cerca de seis cráneos en diferente estado de conservación. Se notaba a primera vista su completa diferencia de los que generalmente se pueden recoger en el Sur, Provincias de Cañar, Azuay y Loja, y que son representativos para el tipo dolicocefalo. Eran todos más cortos, además platirrinos, varios mostraban marcada deformación occipital, mientras que en el Sur los cráneos generalmente muestran deformación frente-occipital. De esta manera su semejanza con cráneos encontrados por Jacinto Jijón en tolas (Aborígenes de Imbabura, lám. 47 y sig.) era manifiesta. La raza habrá sido en los rasgos principales la misma.

Algunos individuos deben de haber sido de una estatura regular, como se desprende de medidas de 40 y 41 cm en varios femures encontrados.

Tiempo y origen de la civilización

Toma una posición intermedia entre las primeras civilizaciones del Norte (Carchi e Imbabura), y las antiguas civilizaciones,

tos en el cementerio de Santa Lucía. No cabe, por eso, según parece, su atribución a diferentes edades, según la diferencia de los estratos en que se encontraron.

Tuncahuán y Elenpata, de la región de Riobamba, estudiada por J. Jijón y Caamaño. Llena así un vacío geográfico para el mismo tiempo entre unas y otras.

Restos de otras civilizaciones de la misma región están poco conocidos. La pequeña colección del doctor Juan de Dios Navas contiene algunos restos interesantísimos del primer tiempo de Guápulo, contemporáneos más o menos con la primera civilización medio mayoide de Cuenca. El Museo de la Universidad Central conserva bajo el N° 331 un objeto parecido. En el campo alto entre las dos alturas de Cangahua de la hacienda de Rojas se pudieron recoger varios fragmentos pequeños de alfarería aparentemente del mismo tiempo, y el fragmento de un hacha provista de hombros y de un agujero central (1).

Numerosos objetos de Tumbaco, Pifo, Yaruquí, Cayambe, etc., en gran parte regalos de varios señores, se encuentran en el Museo de la Universidad Central. Son vasos de diferentes tipos, algunos de carácter parecido al de los hallazgos de Cumabayá, numerosas hachas, etc. El Museo del señor J. Jijón contiene otro número de objetos de Imbabura y de las tolas del Norte, descritos en su obra sobre "Los aborígenes de Imbabura". Pero todos estos objetos en parte son poco característicos, y no señalan ningún tipo claro, en parte representan tan sólo nuevos tipos, aislados por su origen y que cronológicamente no pueden clasificarse.

Se ve que de esta manera el estudio de las antiguas civilizaciones intermedias entre Quito y el Chota está todavía en sus principios, y aunque es probable, que los tipos de civilización que se descubran en esta región algún día, no sean de caracteres muy prominentes, han de llenar el gran vacío que hoy existe.

Las primeras civilizaciones del Norte, según nuestros conocimientos presentes, están formadas por las siguientes:
la antigua civilización de "Cuasmal", a la que pertenecen los restos de Urcuquí representados por J. Jijón en el Boletín de la Sociedad Ecuatoriana etc., N° 10, pág. 86 y lám 32, un tipo de civilización caracterizado por el uso de la *pintura negativa* en la decoración de su alfarería (compare R. Verneau et P. Rivet, *Ethnographie ancienne de l'Equateur*, lám. 28—31, y 54—55, Federico González Suarez, *Los Abo-*

(1) Tipo del hacha representado por Verneau et Rivet, *Ethnographie ancienne de l'Equateur*, fig. 59, N°. 10.

rígenes de Imbabura y del Carchi: varias figuras en las láminas 15—20), y una civilización caracterizada por *decoraciones plásticas* generalmente figurativas, sin uso de la pintura en varios colores en la alfarería (compare la misma obra de Federico Gonzales, especialmente las figuras de las láminas 2—14). Esta civilización está representada especialmente en un antiguo cementerio del potrero San Antonio de la hacienda Pushues cerca del Angel.

Aunque las antiguas civilizaciones de Tuncahuán y de Elenpata de la región de Riobamba parecen espléndidamente estudiadas por el señor Jijón, no es probable que representen tipos tan sencillos como por sus descripciones parece.

Aparentemente estaban reunidas en el cementerio de Tuncahuán sepulturas de estas tres diferentes civilizaciones locales, todas caracterizadas por el uso de la pintura negativa:

una de alfarería y dibujos lineales más toscos (compare el Boletín de la Academia Nacional, N° 6, lám. 20, fig. 1—3, y 24).
otra de formas (por ejemplo en compoteras) y dibujos muy finos (compare l. c., lám. 22 y 23),
y otra con dibujos generalmente escalerados (l. c., lám. 20 fig. 4, y 21, fig. 3).

Todas las tres están derivadas de la segunda del Norte, pero cada una de diferente manera.

Los dibujos lineales del estilo pasaron a la primera de Tuncahuán,

los de origen figurativo principalmente al segundo, la decoración pintada de la tercera está basada sólo en un vaso excepcional del estilo de Carchi, el reproducido por Federico González Suárez, l. c., lám. 20, fig. 2. Los dibujos escalerados de este vaso formaron el fundamento de la evolución de los dibujos en el tercer estilo de Tuncahuán (1).

El tipo tres de las civilizaciones de Tuncahuán, sin duda, no es de carácter puruhá o barbacoa, porque hay numerosas ra-

(1) Es curioso que el autor declaró este vaso como de origen hispano a razón de su forma elegante. Sus dibujos escalerados tienen base mayoide (Cerro Montoso). Repitense en forma muy parecida en el plato de Huaca (estilo de Cuasmal), reproducido por Verneau et Rivet, l. c., lám. 31, fig. 6. Al mismo tiempo aparece en ellos por la primera vez la forma típica de los dibujos escalerados del estilo de Tiahuanaco, que deben de haber tenido igual punto de salida.

zónes para declararlo más bien como de origen pansaleo, y usado especialmente en la región de Latacunga y lugares parecidos.

Igualmente el tipo de Elenpata, descrito por J. Jijón en el Boletín N^o 12-14 de la Academia, no parece uniforme. Repítense allá en la lámina 82 las mismas decoraciones características pare el tipo tres de Tuncahuán, diferentes de todas las otras usadas por el estilo de Elenpata. Parecen del mismo tiempo y representan el mismo origen étnico diferente como aquellas.

Varios objetos publicados en la obra de J. Jijón sobre los aborígenes de Imbabura ofrecen semejanzas a otros encontrados en Santa Lucía:

las "punas", vea l. c., lám. 29, fig. 2, con vasos como lám. 7, fig. 3,

la botella de Urcuquí, l. c., lám. 23, fig. 1, con la botella reproducida en lám. 7, fig. 4,

el cántaro, l. c., lám. 29, fig. 3, con la representada en lám. 7, fig. 5.

Pero poco se gana con estas comparaciones, porque aquellos objetos imbabureños mismos no están determinados cronológicamente. Más bien reciben ahora su propia determinación de parte de los de Santa Lucía.

Participa la alfarería de Santa Lucía en el uso de la pintura negativa del Carchi, de Tuncahuán y de Elenpata. Relaciones especiales con aquella de Carchi se manifiestan en el uso de las mismas líneas envueltas en forma de triángulos [lám. 7, fig. 5] o figuras a la grec [lám. 7, fig. 6], como en el Carchi [compare Rivet, l. c., lám. 31, fig. 7 y 8] y en la figura de una estrella en el interior de una taza de Santa Lucía, como en Carchi [l. c., lám. 31, fig. 7]. La pintura negativa sobre fondo rojo en la alfarería de Santa Lucía es la misma, como en un vaso del estilo dos de Carchi, representado por Rivet, l. c., lám. 29, fig. 6. Formalmente corresponden las punas de Santa Lucía [lám. 7, fig. 1-2] a las conocidas del estilo de Carchi [Rivet, lám. 54-56, González Suárez, l. c., 19, fig. 4], y ahora se comprende también la dependencia formal de botellas como la reproducida en lám. 7, fig. 4, de botellas como la reproducida por González Suárez en lám. 20, fig. 2.

El resultado general consiste, por eso, en la derivación del estilo de la alfarería indígena de Santa Lucía del segundo estilo de Carchi, y en la determinación del tiempo de todas estas civilizaciones al rededor del siglo quinto.

El *segundo tipo de vasos de Santa Lucía*, lám. 4, fig. 1-5, se puede considerar como de origen idéntico, como el tercer tipo de los hallados en Tuncahuán, y el segundo tipo (vea arriba) de la alfarería encontrado en Elenpata, y también como produc-

to del mismo tiempo. El señor doctor Navas conserva un vaso igual como lám. 4, fig. 1-2, como procedente de Latacunga. Con esto se confirma la relación del tipo con la cultura especial pansaleo. Y encontrándose también nombres geográficos de tipo pansaleo al rededor de la región de Cumbayá, tendremos el derecho de poner en relación esta influencia en los nombres, con el parecido de varios tipos de alfarería. La entrada de los elementos forasteros se efectuó posiblemente por el valle de Chillo (compare "Ilaló", "Guangopolo").

Perteneciendo el segundo de los dos tipos de alfarería de Santa Lucía al tiempo de los hallazgos de Tuncahuán, evidentemente también *el primero*. Esto coincide con el uso de objetos de cobre dorados característico en el período de Tuncahuán y presente también, como parece, en Santa Lucía.

La segunda civilización de Carchi es precursora, de la de Chavín en el Perú [segundo ramo de la de Protonazca], por encontrarse en ambas [como también en la segunda de Tuncahuán] el motivo de la segunda boca en la barriga de figuras. Todos los tres tipos precedieron tanto la civilización protochimu cerca de 500, como la de Tiahuanaco. La tercera civilización de Carchi, de Pushues, puede considerarse como contemporánea con la de Protochimu, por el uso parcial de los mismos motivos. Su tiempo apenas puede haber rozado el del antiguo pueblo de Callanabamba.

Según los estudios de J. Jijón la civilización de las sepulturas en pozos de Imbabura era anterior a la cultura de las tolas. Los contenidos en los pozos mismos manifiestan [vea la obra de J. Jijón, lám. 40, fig. 24] que pertenecían al tiempo de la tercera civilización de Carchi [Pushues]. Resulta de eso, que también la civilización de Santa Lucía era anterior a la de las tolas.

Una particularidad del jarro reproducido en lám. 7, fig. 5, consiste en el *perfil ondulado* de su cuello. Recuerda en eso otra particularidad de ciertos pies de compoteras que cerca del principio del segundo período de la civilización de Esmeraldas, cerca de 400, muestran lo mismo. El desarrollo de las civilizaciones del antiplano está conforme con el de las costeñas en eso.

Anillos dobles arreglados en fila en el borde de la decoración del vaso del segundo estilo de Carchi, representado por González Suárez, l. c., lám. 17, fig. 2, toman el lugar de la representación de caras humanas en el mismo sitio en vasos del estilo de Cerro Montoso [Vera Cruz] y del de Protonazca. Consecuencia lógica parece suponer, que también aquellos anillos do-

bles en el estilo dos de Carchi son significativos por caras humanas.

Ahora los puntos grandes sencillos en la decoración de los vasos de Santa Lucía [compare lám. 5 y 6, también el Boletín de la Academia, N° 6, lám. 24, también N° 12-14, lám. 82] pueden considerarse como la simplificación de los anillos originales Dobles. Es, por eso, probable, que también los puntos grandes sencillos significan cabezas humanas ofrecidas a los dioses.

Sería una equivocación considerar la civilización del tipo indígena de la alfarería de Santa Lucía como de una extensión muy corta. No se extendía sólo hacia el Norte, por Tunibaco, Yaruquí, Cayambe, quizá hasta la región de Caranqui, sino muy lejos también hacia el Sur.

Compoteras iguales, con pintura negativa idéntica, se encuentran también en Chillogallo. Un cántaro con perfil ondulado de su cuello, como el reproducido en lám. 7, fig. 5, se pudo adquirir en Navidad cerca de Cuscongo en el camino de Santo Domingo. La primera civilización de Tuncahuán [vea arriba] representa evidentemente el mismo tipo, y en Joyaczhí existen grandes paraderos con mucha ceniza, en que poblaciones vivieron usando una alfarería idéntica decorada con puntos grandes, etc., según el principio de la pintura negativa, entonces del mismo tipo de civilización y del mismo tiempo.

Parece que ha sido éste un tipo de cultura que se extendió en un cierto tiempo al menos de Caranqui hasta la región de Joyaczhí, con exclusión del tipo especial de la civilización de Pansaleo, y quizá del segundo de Tuncahuán [mencionado arriba], de una extensión posiblemente diferente.

Como resultado general de las observaciones precedentes se puede considerar el siguiente:

Después de la primera colonización de la región de Guápulo, por gente de una cultura mayoide muy antigua, una nueva ola de cultura, traída de Carchi, principió a civilizar los primeros habitantes de origen barbacoa [vea los nombres geográficos] de la región de Cumbayá como de otras. Según el movimiento de las primeras civilizaciones, como la primera de Carchi, de Centroamérica al Ecuador, hay que suponer, que esta primera introducción de la civilización aconteció cerca del siglo cuarto o quinto de nuestra era. La raza que poblaba la región debe de haber sido en aquel tiempo casi la misma, como más al Norte en el tiempo posterior de las tolas.

Vivía esta población en chozas construídas de madera y paja, porque en ninguna parte se pudieron observar restos de viviendas construídas de piedra.

La agricultura, dependiente solamente de las aguas del cielo, porque restos de canales antiguos en ninguna parte se han encontrado, formaba, a juzgar por los numerosos restos de metates y morteros distribuidos en el suelo del campamento antiguo, la ocupación predilecta de esta población nuevamente civilizada. En algunos pocos pozos de sepultura se han encontrado también restos de maíz quemado, aparentemente en nada diferente de las clases de maíz cultivadas ahora.

Criaban también cuyes en sus chozas.

Por otro lado, les supeditaba todavía la caza, especialmente de venados, abundante carne para su alimentación.

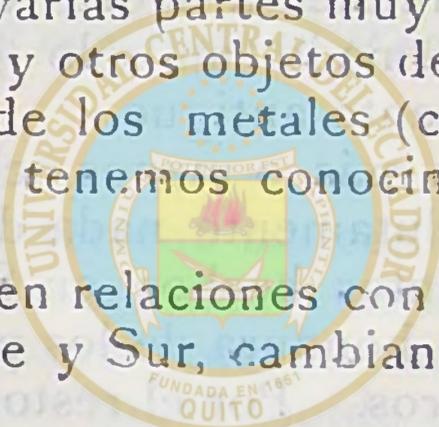
En dos casos se han presentado también aislados femures humanos en condiciones que podían permitir la sospecha de haber formado restos de individuos comidos.

Como industria ejercitaban el arte de hilar, y sin duda también la de tejer, a juzgar por los husos y leznas encontrados en el suelo y tumbas del campamento.

Tallaban las piedras, especialmente la obsidiana encontrada en estado natural por varias partes muy cerca, y confeccionaban, también, instrumentos y otros objetos de piedra pulida.

Conocían el uso de los metales (cobre y oro) para objetos de adorno, aunque no tenemos conocimiento, si los trabajaban ellos mismos.

Además, estaban en relaciones con numerosas poblaciones y otras tribus del Norte y Sur, cambiando productos y cultivando amistades.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

ESTUDIOS EMPRENDIDOS EN HACIENDAS VECINAS

No faltaban en la región de Cumbayá noticias sobre diferentes hallazgos que, fuera de la hacienda de Santa Lucía, también se habían hecho en haciendas vecinas, como en la del Cebollar, enfrente de la de Santa Lucía, por el otro lado, noroeste, del camino real, que conduce de Quito al pueblo, y en la hacienda de Rojas, por el Este de Santa Lucía entre ésta y el río San Pedro. Natural era el interés de conocer también el tipo de los cementerios antiguos situados en aquellas otras haciendas, y el deseo expresado a sus dueños al respecto fue correspondido por su gentil permiso de emprender en sus terrenos algunas excavaciones.

Excavaciones en la hacienda del Cebollar

El primer potrero de la hacienda del Cebollar, ahora parte de la "Hacienda Grande" de Cumbayá, en el Oeste, de Santa Inés, principió a regarse por medio de una cañería nueva potente hace unos veinte años de ahora. Inmediatamente se sentó la superficie del terreno en un gran número de puntos, denunciando de esta manera la presencia de un cementerio antiguo densamente ocupado por sepulturas.

En el curso de los años estas señas traidoras nuevamente se obliteraron, sin que se hubiesen emprendido excavaciones en el potrero en mayor escala. Ya sólo numerosos fragmentos de alfarería antigua diseminados por el curso de la cañería parecían indicar las destrucciones de sepulturas causadas por el agua.

Las excavaciones nuevamente emprendidas documentaron la extensión de la misma civilización, encontrada en Santa Lucía por el Sur del camino, también al Norte de él. Probablemente todo el terreno había formado un solo gran cementerio, quizá también un solo campamento antiguo.

Las excavaciones de más o menos ocho pozos, en lo principal, no presentaban absolutamente nada de nuevo, en comparación con los descubrimientos hechos en Santa Lucía. Estando el suelo más profundo, la hondura de los pozos variaba de más o menos 1.20 m a tres metros. Por el resto la forma de los pozos era absolutamente idéntica con la observada ya con todas sus variaciones en Santa Lucía (forma redonda, una a tres gradas, nichos laterales, etc.). Las sepulturas representaban, como las anteriormente estudiadas, casi sin excepción, el tipo de las secundarias. El ajuar encontrado en las tumbas era relativamente escaso. Se halló la misma mezcla de objetos de alfarería de los dos tipos, sólo que faltaban todos los representantes de los mejores objetos de la clase más fina, tan bien representados en muchas sepulturas de la parte superior de Callanabamba. Esta circunstancia facilitaba la conclusión, que las sepulturas últimamente mencionadas habían contenido los restos de personas más conspicuas de la población, al mismo tiempo mejor relacionadas con poblaciones, especialmente bien civilizadas, de más al Sur.

Como era natural, por las nuevas excavaciones se trajeron a la luz también uno que otro tipo de objetos de la misma civilización, no determinado todavía en las excavaciones anteriores, como un vaso en forma de copa (lám. 8, fig. 3), una flauta de hueso (lám. 7, fig. 7), un hueso tallado de tal manera, que evidente parecía su uso como punta de flecha, un trípode común de

cocina, pero de pies mutilados ya en tiempo antiguo (compare Jacinto Jijón, Aborígenes de Imbabura, lám. 23, fig. 4), un espléndido trípode de cocina de cuerpo muy alto (lám. 8, fig. 1), como también un diente característico de perro.

Aprendemos de esta manera, que en una parte de sus flechas usaban estos indígenas puntas de hueso, al par, como es conocido, con las costumbres de los indios del Oriente.

Trípodes de cuerpo tan alto, como el uno de los hallados, son comunes, como se me comunica, entre los hallazgos de la región de Ibarra.

Los primeros habitantes poseían ya perros evidentemente domesticados, lo que, naturalmente, por sí era probable, pero era necesario probarlo. La quijada superior de un pequeño cuadrúpedo, también encontrada en una de las tumbas, representa la de un pequeño cachorro de perro, si por estudios consecutivos esta suposición se confirma.

Examinación de un montículo en el potrero de Santa Inés

Irregularidades del terreno marcan en la parte sureste del potrero la presencia de un montículo artificial, cuyos lados confluyen ahora paulatinamente con la superficie natural de los contornos. Antiguamente habrá tenido cerca de dos metros de alto, cerca de veinte de ancho, y unos treinta en la dirección del Este al Oeste.

De importancia parecía la determinación de la época en que fue amontonado, la del objeto de su construcción, y la de otras circunstancias eventuales relativas a su uso. Conseguido el gentil permiso del hacendado Sr. José Rafael Pallares, para la excavación, se hizo un corte de 8.70 de largo, y de 1 a 1.30 de ancho, del Este al Oeste en la parte más alta del montículo hasta la profundidad de 4 metros en todo.

En la hondura de más o menos 2 metros fue alcanzada la superficie del suelo original, marcada, además, por la presencia de líneas horizontales intermitentes de arena en el corte. Estas líneas, de diferente extensión, hasta 2.60 en el largo, representaban capas de 10 cm de espesor de arena del río, extendidas encima de sepulturas que entraban más abajo en el suelo, y es probable, que originalmente todas las sepulturas del vasto cementerio se habían hecho visibles en esta forma.

El resultado general de la excavación probó, que el montículo se había amontonado cerca del tiempo de la misma civilización, sobre las tumbas del cementerio general, con falta

de cualquier consideración respecto a las sepulturas inclusas ya anteriormente en el suelo.

En la base de la excavación, relativamente corta, se notaron cuatro pozos del mismo arreglo denso e irregular, como en el cementerio abierto al rededor. En su forma y contenidos se parecían completamente a los otros, su ajuar era, además, relativamente pobre. Había entre ellos el de un niño tierno, otro de una criatura (con un pequeño collar de cuentas fabricadas de concha). En uno un individuo, con cráneo largo (tibias de corte triangular), se había acomodado entero, cómodamente sentado. El ajuar de los pozos consistía de vasos comunes, de las dos clases de alfarería de la civilización de Santa Lucía. Restos de la misma civilización eran mezclados también con toda la tierra del montículo amontonado encima.

Posiblemente la superficie del montículo servía de base para un santuario.

Una excavación en la hacienda de Rojas

Como tuve noticia de la existencia de un montículo antiguo en Rojas del Sr. Adolfo Vaca (vea pág. 6), la tuve también de un gran cementerio antiguo como existente en el potrero Capilla bamba en la parte baja de la misma hacienda, cerca del río.

En nuevas observaciones hechas, el mencionado cementerio se encontró ya casi vacío, porque en años pasados, al principio de los riegos artificiales, cuando en consecuencia de ellas se marcaban las posiciones de los pozos en la superficie, como en el potrero Santa Inés de la Hacienda Grande, (vea pág. 29), ya se lo había dejado explotar liberalmente. Además, su suelo en su presente estado estaba mojado como una esponja y oponía de esta manera dificultades casi insuperables a la excavación provechosa.

Sin embargo, era posible abrir un pozo intacto, aprendiéndose de él, que también en este cementerio el tipo y forma de civilización habían sido idénticos con los explorados anteriormente.

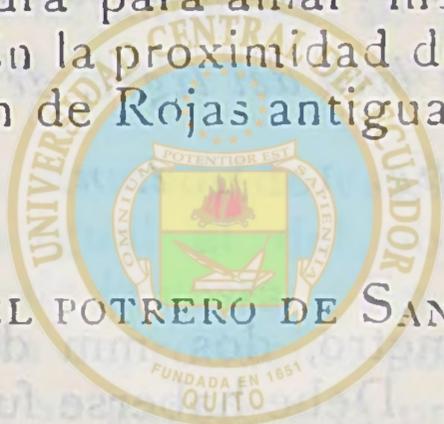
El pozo tenía 1.20 m de hondo, con una grada semilunar para la entrada, como en casos anteriores, de 0.90 m en el diámetro, y 0.60 de hondo. La parte interior del pozo, excavada a manera de un túnel, con un diámetro de 1.10 m, se extendió hacia el Norte en forma de un nicho, permitiendo de este modo la sepultura de un individuo entero, aparentemente mujer, en posición tendida. Su ajuar había consistido en una tacita redonda, y una puna grande, de formas y técnicas conocidas de Callana-

nabamba, además de un trozo de óxido rojo de fierro para la pintura.

La cabeza, que no podía conservarse había estado adornada con orejeras de metal semilunares, de la forma erróneamente hasta ahora interpretada como narigueras. En su forma y tamaño eran idénticas con las dos encontradas como un par en un pozo de Callanabamba. Una capa gruesa de óxido verde cubría el metal del fondo.

En otro pozo que carecía de ajuar el muerto se había enterrado según el sistema de la segunda sepultura, típico para la civilización.

A la distancia de algunas cuabras del cementerio al Norte existe la piedra mencionada en la pág. 6 de casi un metro en el diámetro, con varias ranuras en su lado inclinado de frente. Piedras del mismo carácter se conocen de otras partes, como de la costa del Brasil, de la de Chile (Taltal), etc. Consideradas comúnmente como inscritas, sus grabados sólo indican un uso frecuente de la piedra para afilar instrumentos como hachas o puntas de flechas. En la proximidad de la piedra grabada habrá estado la población de Rojas antigua.



OTROS OBJETOS DEL POTRERO DE SANTA INÉS, CEBOLLAR

En los Anales de la Universidad, N^o. 255, lám. 1, fig. 6, se reprodujo un vaso figurativo de la colección del señor doctor Juan de Dios Navas, antes cura de Guápulo, en conexión con la cuestión del origen de los tipos de estólicas suramericanas. Siempre se mantuvo con respecto a este vaso, de tipo extraño en comparación con otros hallazgos que generalmente se hacen en el potrero, que se había hallado en el potrero de Santa Inés, aunque investigaciones posteriores no repetían hallazgos de la misma clase.

El montículo situado a unos 20 metros al Suroeste del lugar donde se dijo se había encontrado el vaso en sí mismo no presentaba vestigios de otro origen, (vea pág. 31) sólo, que era curiosa su erección sobre una parte del cementerio, con cierto despecho, de las sepulturas instaladas allá anteriormente.

En los primeros días de diciembre último, el agua de la cañería que pasa por el potrero, vació algunos pozos poco profundos, redondos, y de unos 70 cm de diámetro, a más o menos 60 metros al Oeste del montículo mencionado, descubriendo en esta ocasión algunos objetos de metal, de formas nuevas para este cementerio:

una tincullpa con cara de tigre de cobre dorado,
una plaquita gruesa de cobre,—como era fácil diagnosticar—,
lengua de la cara de tigre mencionada,
una placa con figura, de cobre dorado, como adorno para
colgar,
algunas planchitas de cobre dorado, partes de un collar,
restos de una taza u otro objeto de cobre parecido, del ta-
maño de un sombrero, y
dos anillos de 9 cm de diámetro, abiertos por un lado, de
cobre macizo.

Estos objetos llegaron a la posesión del señor C. Gangotena
y Jijón, con cuyo gentil permiso se los describirá en los siguien-
tes párrafos, para concluir con razonamientos generales sobre
la significación de estos hallazgos extraños.

1. *Tincullpa con cara de tigre, de cobre dorado, y con una
lengua colgada de la boca del tigre, de cobre. Lám. 10,*

fig. 1. $\frac{3}{4}$ t. n.

Tiene 12 cm de diámetro, dos mm de espesor y pesa, por
eso, sola ya 200 gramos. Debe haberse fundido en la forma que
representa, siendo los cuatro agujeros que tiene,—dos para
colgar a ella misma, y dos para colgar la lengua del tigre,—
punzados. El badajo de 2 a $4\frac{1}{2}$ de espesor está martillado (1).

Sobre las tincullpas ecuatorianas han tratado extensamente
Rivet y Verneau en su "Ethnographie ancienne de l'Equateur",
pág. 299 y sig., más tarde J. Jijón, sobre los de este tipo exclu-
sivamente, en el Boletín N° 1 de la Academia, pág. 4 y sig.

Tiene esta tincullpa, su particularidad, en los arcos superci-
liares que forman un solo arco. Por la forma de la nariz y
también en la forma derecha de la boca, se parece a la tincullpa
de Manantial reproducida por Saville, Antiquities of Manabí,
1907. lám. 41, fig. 1, en la redondez de los ojos mejor a la otra
tincullpa del mismo lugar, l. c., fig. 2. De todos modos, se com-
para mejor con los tipos más antiguos, de origen costeño, en
el orden genealógico propuesto por Jijón (tipos H y J de

(1) Representación de una tincullpa con su lengua en el Boletín de la
Academia, N° 1, lám. 6, fig. 5.

la lista) que con los posteriores, posiblemente en parte también de origen costeño, pero no en todos igualmente seguro (1).

2. *Placa de adorno para colgar, de cobre dorado.*

Lám. 10, fig. 2. T. n.

Encima de la placa, como las de jadeita de Venezuela horizontal y rectangular, se eleva el busto de una figura humana vestida de un collar y de un gorro ancho, el septum de la nariz perforado, para colgar un adorno. En cada mano parece tener un badajo; y una bola redonda, de significación desconocida, adorna el pecho. Un anillo para colgar está fijo en el lado posterior del pescuezo.

La figura modelada en cera, con hilos de cera para el collar y el gorro, está fundida con la placa en una sola pieza y la placa después martillada. En la fundición se parece a labores protochimus, el modelaje con hilos de cera al de figuras de oro de Chiriquí y Colombia.

El tipo de la figura, su modo de vestir, la forma del modelaje, y la clase del dorado, igual al del objeto precedente, hacen probable su procedencia de la costa. En la forma del tocado ancho, la figura de la Tolita reproducida por J. Jijón en "El tesoro del Itschimbía", lám. 12, se parece a la presente.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

3. *Una de varias planchitas de un collar, de cobre dorado.*

Lám. 10, fig. 3. ¾ de t. n.

Planchita delgada y martillada, con dos agujeros para ensartarla en el collar.

Formalmente idéntica con las planchitas de un collar que formaba parte del hallazgo del Itschimbía. Véase la publicación de J. Jijón sobre éste, lám. 11.

(1) El señor Antonio Santos, en Bahía, posee otra tincullpa interesante de cobre, de Jipijapa. En la frente decorada con puntos en relieve, y en la forma de los ojos, se parece a la del Cerro Jaboncillo, publicada por Jijón, l. c., lám. 7, fig. 1 en la nariz a la de Manantiales, reproducida por Saville, lám. 41, fig. 2. La boca ancha, en forma de un gran arco abierto hacia abajo, está perforada sólo en un punto, como la última mencionada. Además tiene una indicación de barba. Diámetro 14 cm.

La figurita de barro, de la Tolita, que el autor compara, l. c., lám. 12, por la forma del collar es de carácter femenino, según las colgaduras largas pendientes de las orejas.

De la misma manera los “cuatro pares de narigueras” de hombre, representados allí en lám. 1-8, significan más bien y probablemente, aretes de mujer, de acuerdo con pares iguales encontrados, parte en la posición original a los lados de la cabeza, en sepulturas de mujeres en Cumbayá, y de acuerdo también con el uso de aretes de forma igual hasta el día por mujeres araucanas, que prueba que la forma de los adornos no formaba ningún impedimento para tal uso (vea l. c., pág. 14).

En este caso parece conveniente atribuir también a los “aretes” circulares, reproducidos l. c., lám. 9-10, otro uso, como quizá de adornos del pecho de la mujer.

El tesoro de Itschimbía debe haberse originado en el período figurativo del Carchi, sucesor de los primeros períodos de aquella región, tratados en las páginas antecedentes. Porque cuentas de oro idénticas con las que aparecen en el collar representado por Jijón, lám. 11, son característicos para los hallazgos de este período, por ejemplo de Pushues (compárese la colección del señor Carlos Freile).

Igualmente son característicos para el período de Protochimu (por ejemplo en Moche), contemporáneo con el mencionado del Norte ecuatoriano.

Con eso se determina también el tiempo de los curiosos objetos de cobre del **potero de Santa Inés** en Cumbayá, por la igualdad de forma de las **planchitas** de la lám. 10, fig. 3 con las del Itschimbía.

Conviene en este resultado la forma de la pequeña figura de Esmeraldas, representada por Jijón, lám. 12, que es del mismo tiempo, el tipo, el vestido, y la técnica de la figura del objeto, lám. 10, fig. 2, como también la edad del vaso figurativo de la colección Navas, determinada ya al tiempo de su publicación en los Anales.

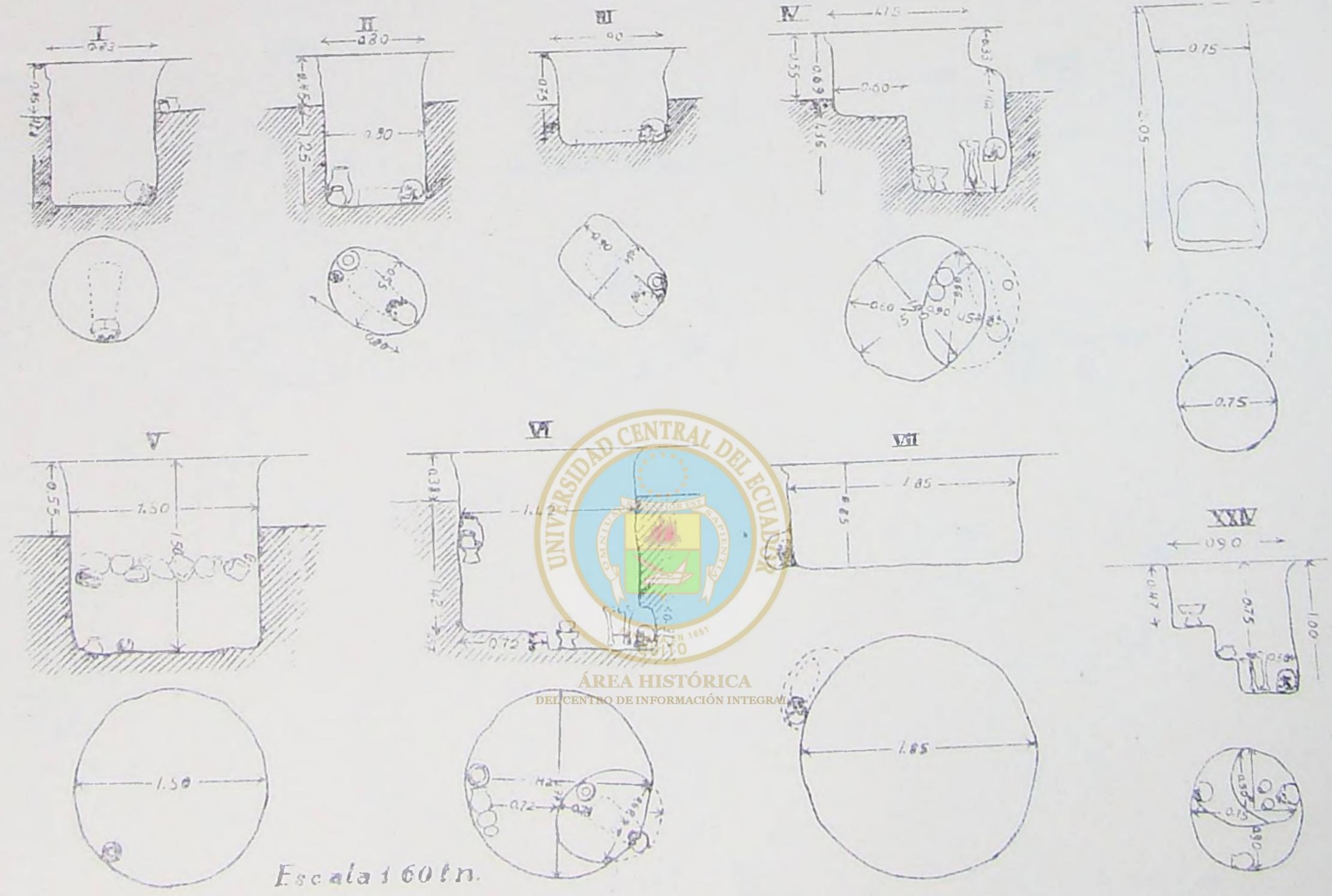
De esta manera es probable, que en este mismo tiempo se erigió también el montículo descrito arriba, como base de un santuario del período, aunque faltan los vestigios de la presencia de una población más extensa al rededor del santuario en el mismo tiempo. Las pocas sepulturas, de un ajuar diferente, descubiertas en la proximidad Este y Oeste del montículo, deben haber tenido relación con éste.

Refiere Jijón que, según la tradición local, los primitivos moradores de la población erigieron en la Tola un templo de la Luna. Otro de una divinidad femenina, posiblemente del mismo tiempo, habrá estado en la cumbre del Poengasí de conformidad

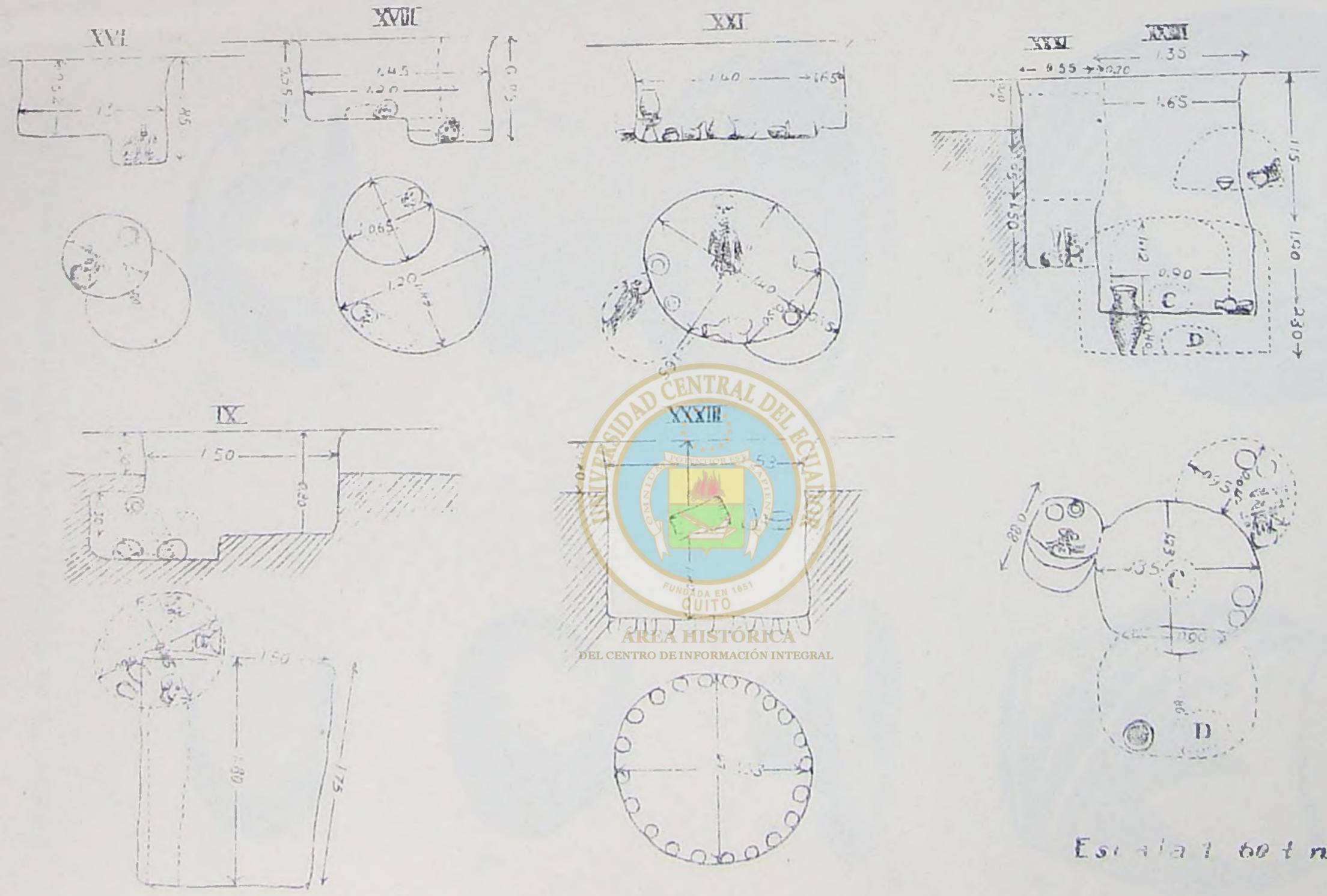


*Excavación en la parte oeste de Callanabamba,
Hacienda Santa Lucía, Cumbayá*
Escala 1:200

MAX UHLE.— EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN
DE CUMBAYÁ.— LÁM. 1.

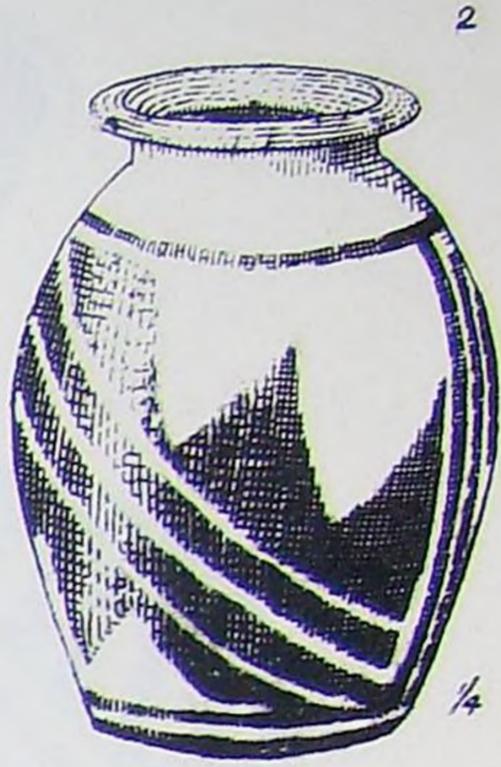
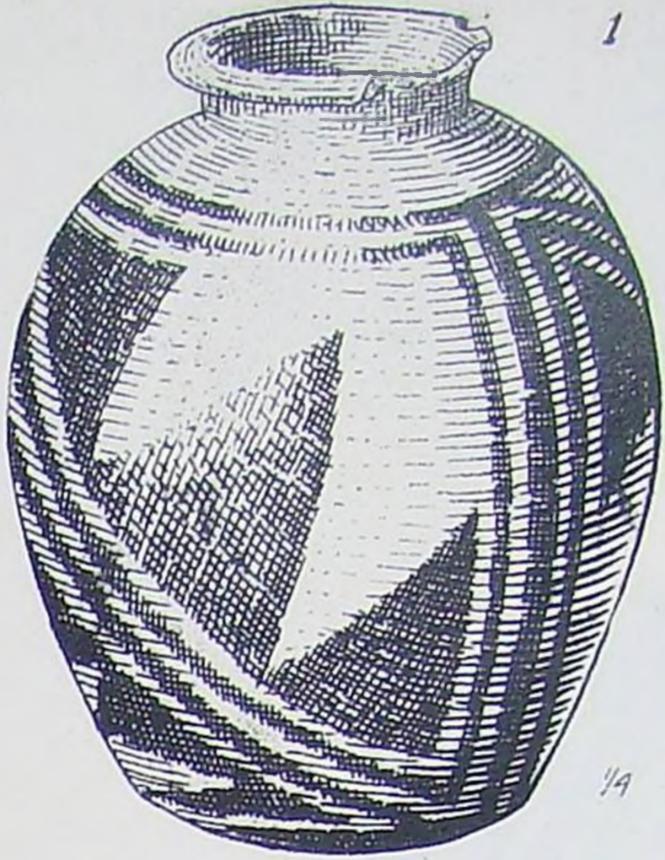


MAX UHLE.—EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN DE CUMBAYÁ.
 LÁM. 2.—Cortes verticales y transversales por las sepulturas antiguas de Callanabamba, Santa Lucía.

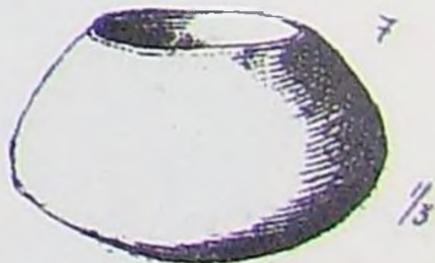
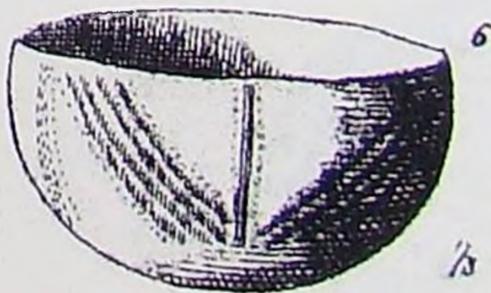


MAX UHLE.—EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN DE CUMBAYÁ.

LÁM. 3.—Cortes verticales y transversales por las sepulturas antiguas de Callanabamba, Santa Lucía.

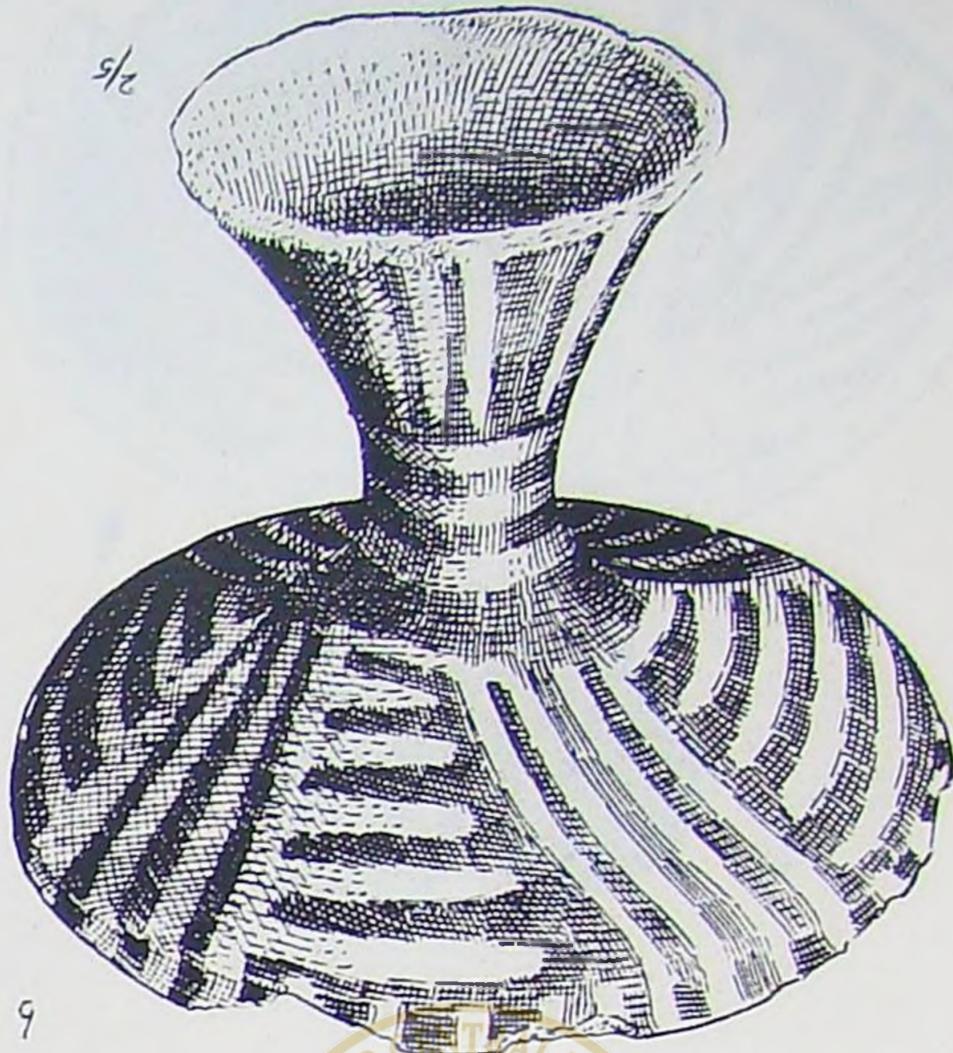


ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



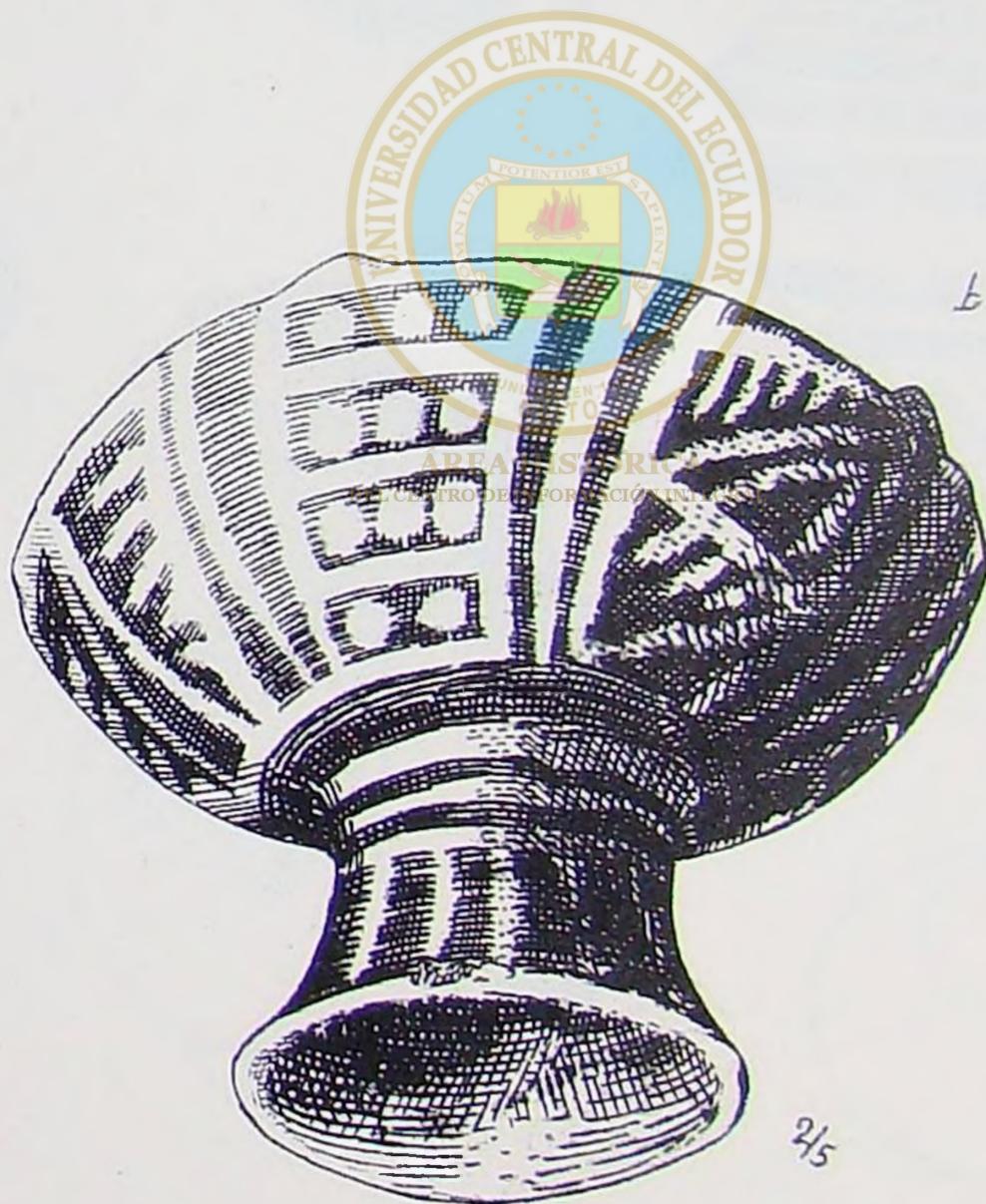
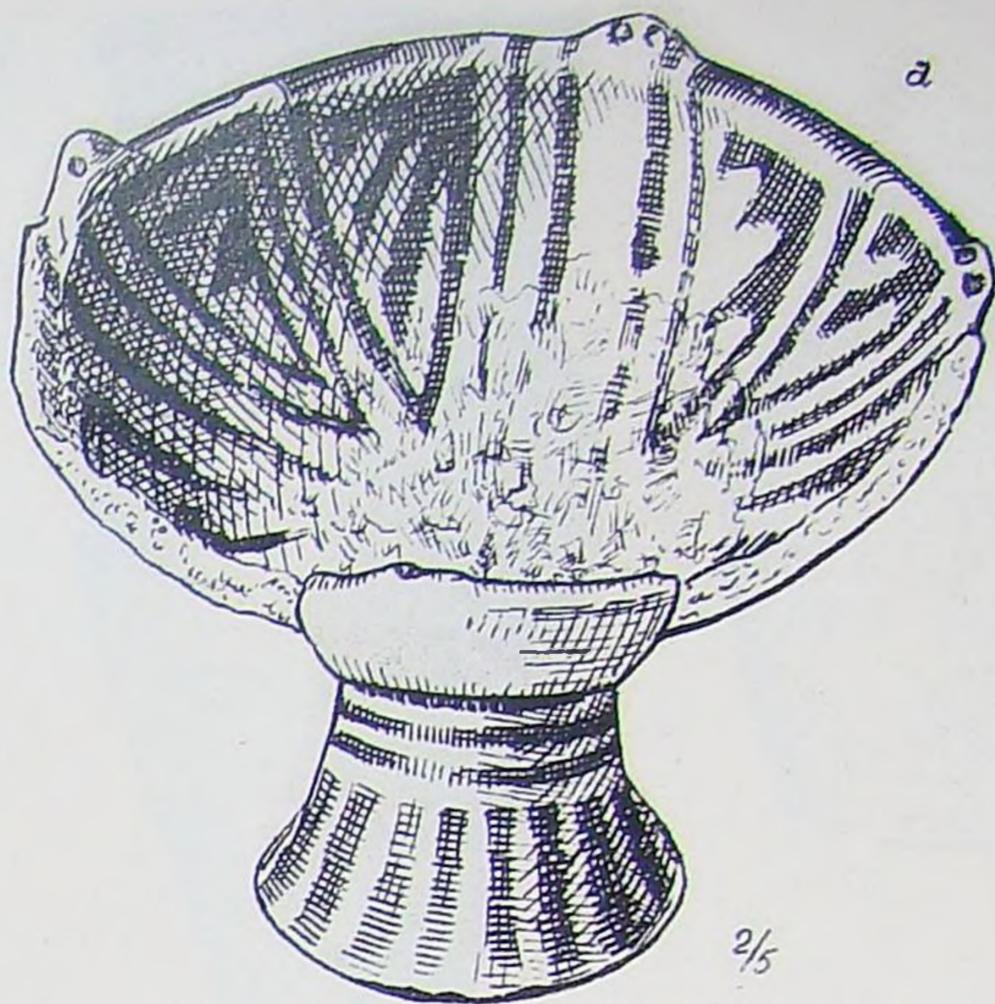
MAX UHLE.—EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN
DE CUMBAYÁ.

LÁM. 4.—Alfarería del cementerio de Callanabamba,
Hacienda de Santa Lucía.



MAX UHLE.—EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN DE CUMBAYÁ.

LÁM. 5.—Computera con pintura negativa, del cementerio de Callanabamba, Hacienda de Santa Lucía.



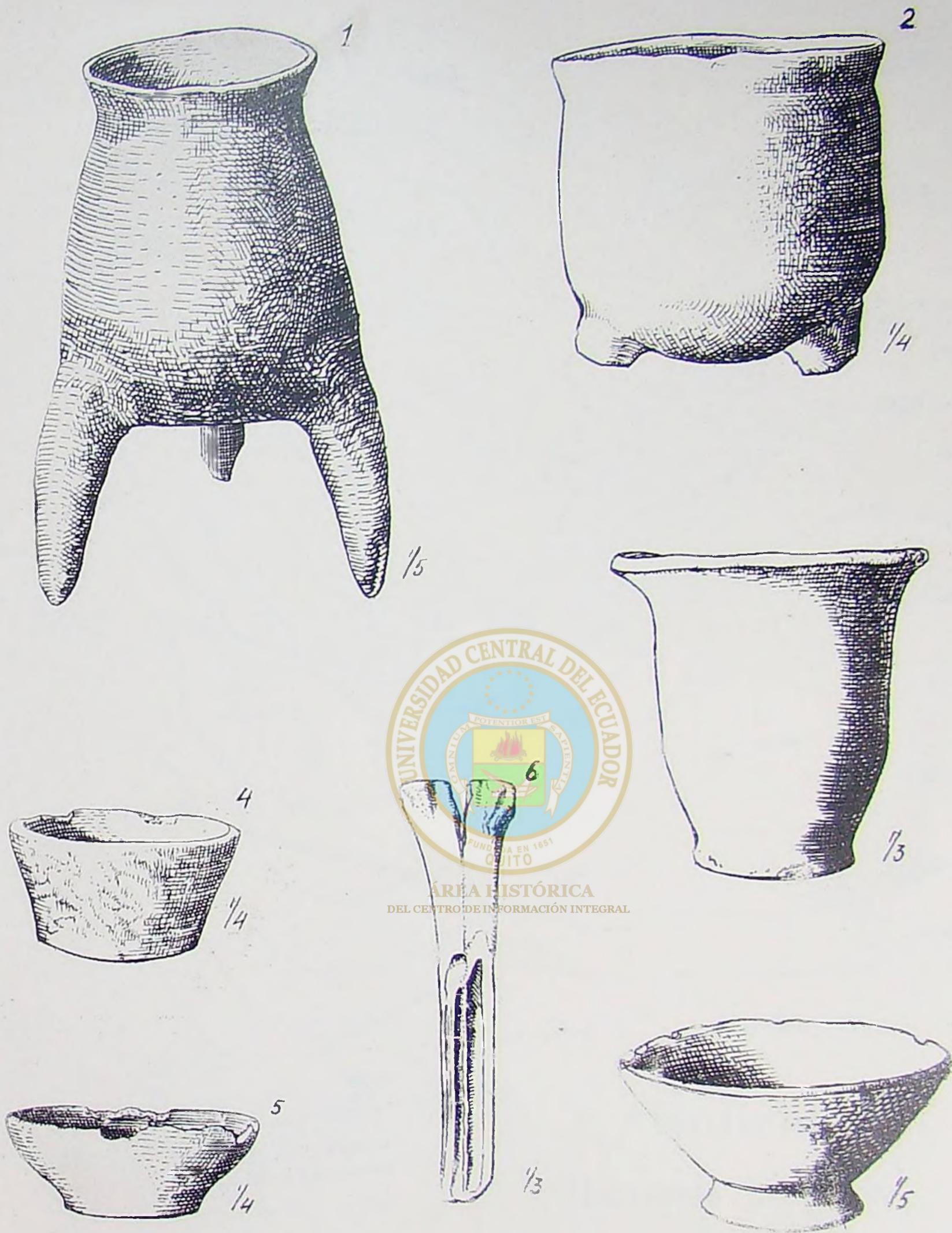
MAX UHLE.—EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN
DE CUMBAYÁ.

LÁM. 6.—Compotera con pintura negativa, del cementerio
de Callanabamba, Hacienda de Santa Lucía.



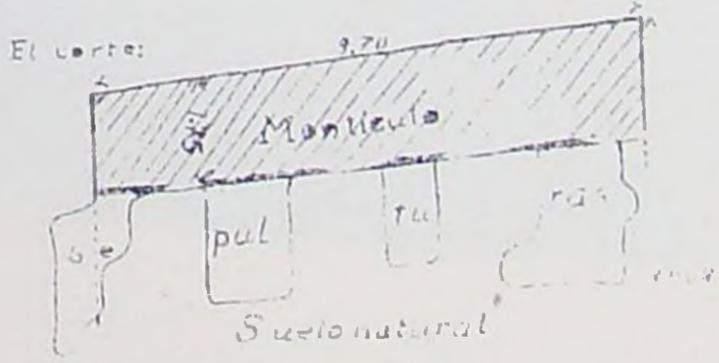
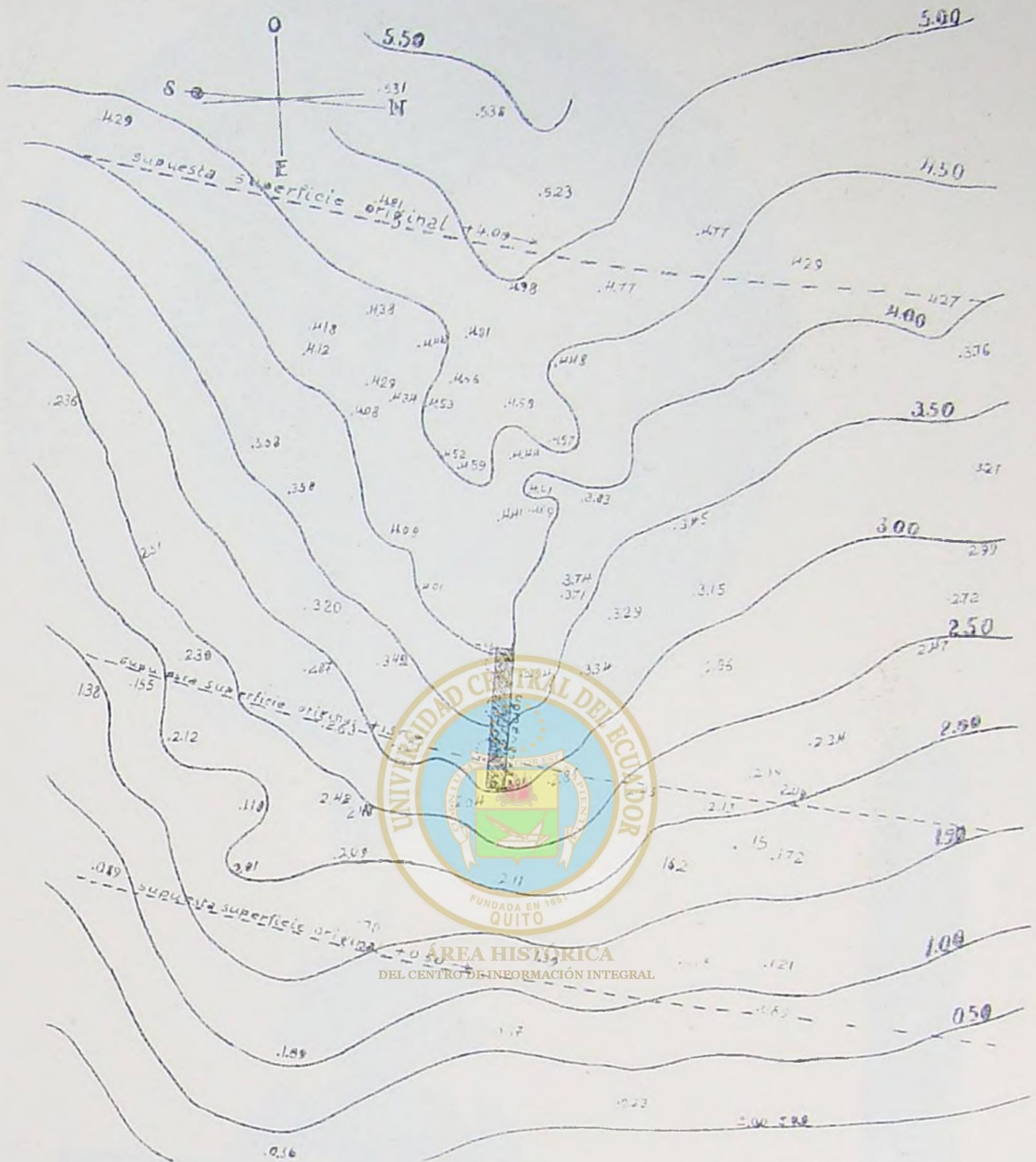
MAX UHLE.—EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN DE CUMBAYÁ.

LAM. 7.—Fig. 1-6 Alfarería de Callanabamba, Hacienda de Santa Lucía. Fig. 7. Flauta de hueso, cementerio de Santa Inés, Hacienda del Cebollar. Fig. 8. Arete de cobre de Capillabamba, Hacienda de Rojas.



MAX UHLE.—EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN DE CUMBAYÁ.

LÁM. 8.—Fig. 2, 4, 5, 7. Alfarería de Callanabamba, Hacienda de Santa Lucía. Fig. 1 y 3, Alfarería, fig. 6, Instrumento de hueso, Santa Inés, Hacienda del Cebollar.



Escala 1:200

Montículo
Hacienda Grande

CUMBAYA
Escala 1:500

MAX UHLE.—EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN DE CUMBAYÁ.—LÁM. 9.



MAX UHLE.—EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA REGIÓN DE CUMBAYÁ.

LÁM. 10.—Adornos de cobre dorado, Cementerio de Santa Inés, Hacienda del Cebollar. Fig. 1. Tincullpa con lengua (de cobre) de tigre Fig. 2. Ornamento colgante. Fig. 3. Planchita de collar.

con la tradición sobre bailes nocturnos de una india en este mismo punto. Como otro santuario más del tiempo citado, podremos considerar ahora aquel cuyos vestigios se conservaron en el potrero de Santa Inés de Cumbayá.

Esta civilización de alfarería figurativa habrá estado en numerosas relaciones con la costa, especialmente por el valle de Guailabamba, ruta por la cual, según Jijón, fueron importadas también a la sierra en gran parte, las primeras de las tincullpas con cara de tigre. El tipo de la alfarería figurativa es también de origen costeño y tiene importantes paralelos en Manabí y en el Norte de Esmeraldas. Tenía su representación en la Provincia de Imbabura, extendiéndose hasta la del Carchi. No conocemos todavía su historia especial, pero es posible que aun en este respecto, sea paralelo con la importación de cobres importantes de la costa por el valle del Guailabamba.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL